

Crónica de ambos Mundos.

REVISTA QUINCENAL

DE POLÍTICA, LITERATURA, CIENCIAS, INDUSTRIA Y COMERCIO

AÑO II.

LUNES, 25 DE MARZO DE 1861.

NÚM. 6.

SUMARIO.

Crónica general.—*La cuestion de Méjico.*—*Discursos académicos*, por D. Francisco Javier Simonet.—*El gobierno español y el tráfico negrero*, por D. Isidoro Domenech.—*La pintura en España durante el reinado de Felipe IV*, por D. E. V.—*Literatura arábigo-hispana*, por D. Juan Miguel de Losada.—*El Bálsamo de las penas*, por Doña Angela Grassi.

CRÓNICA GENERAL.

I.

La discusion sobre la política del gobierno en los asuntos de Italia, que quedaba pendiente en el Congreso cuando apareció nuestro último número, ha terminado como comenzó; siendo una serie no interrumpida de derrotas morales para el ministerio.

A pesar del refuerzo que este quiso tener del señor ministro de Estado, que ha vuelto á enfermar á consecuencia de los malos ratos que pasó, no tan solo no ha logrado salir victorioso de los ataques de los interpellantes, pero ni aun demostrar siquiera que habia seguido una marcha fija y determinada en las cuestiones italianas. Todo su empeño fué poner en evidencia que habia sido neutral; cosa dificilísima y que lo que de público se sabe acerca de la conducta de nuestro embajador cerca de Francisco II, basta á contradecir.

Sin embargo, como hay quien tiene gustos muy raros, no faltó un diputado, resellado al fin, que presentase una proposicion en la cual se pedia á la Cámara popular, que declarase que habia oido con satisfaccion las esplicaciones del gobierno sobre su política en la cuestion italiana; proposicion que, á pesar de ser un verdadero epigrama despues de lo que el Congreso habia presenciado, fué aprobada en el acto por la mayoría. Votaron en contra 44, en pró 176, y 40 representantes del país se abstubieron de votar; y como estas abstenciones indican que no se habian convencido los que á tal recurso apelaron, con las esplicaciones del gobierno, viene á resultar que fueron 88 los diputados á quienes no logró satisfacer el ministerio.

Podria consolarse en cambio con los 176 aprobantes; pero para que su alegría no fuese completa, sacaron á relucir los periódicos una lista de los representantes del país que son empleados, de la cual se desprende que 113 de esos 176 son empleados y que cobran en junto del Tesoro nada menos que 6.316,000 reales.

Para honrar á los diputados empleados es necesario

suponer que tienen obligacion de votar con el gobierno, toda vez que en el mero hecho de serlo, demuestran que están de todo punto conformes con su política. Rebajando, por lo tanto, esos 113 votos obligados de los 176, resulta que la mayoría verdadera del gobierno no pasó de 83 votos, ó lo que es lo mismo, que aquellos á quienes satisficieron las esplicaciones del gobierno, son en junto 21 menos que los 84 que no se dieron por satisfechos; y hé aqui cómo bien mirado, el triunfo del gobierno ha quedado reducido á una derrota verdadera.

Una vez terminado este incidente que en tal alto grado escitó la atencion general, volvió á ocuparse el Congreso de la discusion del proyecto de ley de gobierno de las provincias.

Entre los artículos que mas efecto habian producido en los diputados medianamente liberales, figuraba el 20 al lado del que estableció los célebres subdelegados. Reducianse por él las diputaciones provinciales á meras oficinas del gobierno y se las despojaba con sus prescripciones de la mayor parte de las facultades que la centralizadora y retrógrada ley vigente les ha dejado. La misma obstinacion que respecto á los subdelegados manifestó el gobierno acerca de artículo tan escesivamente anti-liberal, y los que cansados ya de suscribir á cuanto el ministerio quiere, se propusieron atender en alguna ocasion á la justicia, presentaron una enmienda encaminada á que se facultase á las diputaciones provinciales para entender de todos los negocios de interés peculiar de la provincia, de los presupuestos y cuentas de los ayuntamientos, y de todos los asuntos referentes á los municipios.

Empeñado fué el debate; pero la votacion curiosísima: 138 votos desecharon la enmienda, pero los diputados que votaron en pró fueron 63.

A continuacion se aprobó el artículo por 122 votos, pero llegaron á 67 los representantes del país que dijeron no.

Lo curioso está en que entre estos 67 y aquellos 63 se cuentan 31 *ministeriales*, ó por mejor decir, *ex-ministeriales*, puesto que desde entonces dejaron de serlo; 31 individuos de aquella fidelísima mayoría que hasta entonces habia votado unida y compacta con el gobierno, y que ya está fraccionada en disidentes y constantes.

A gran parte de la mayoría no le hacia falta otra cosa que un jefe para sacudir el yugo con que el gobierno la sujetaba, y habiéndolo encontrado al fin en uno de los fundadores de la union liberal, que disiente del ministerio, aprovecharon algunos de sus individuos

esta ocasion para quemar las naves y ponerse frente á frente del gobierno. La mayoría que aquel día entró en el Congreso formando un solo todo, salió dividida en dos fracciones; la situacion que hasta entonces se llamaba *unionista* cambió repentinamente de nombre, se lo trasladó á la fraccion disidente, y se quedó con el de *vicalvarista* á secas.

El asombro que causó al gobierno la conducta de aquel personaje de la union y la defeccion de los 31 disidentes no fué menos grande porque tuviera motivos para esperar que mas tarde ó mas temprano debia suceder lo que entonces sucedió. El personaje en cuestion que venia siendo opositorista, tácito lo fué desde entonces declarado; los disidentes que no se mezclaban ya sino con disgusto con los individuos de la mayoría, se separaron de ellos un gran trecho.

Pero no paró en esto la desdicha del ministerio; estaba allí el artículo 30 del mismo proyecto para darle un nuevo disgusto. Fué aprobado por 110 votos, pero tuvo 69 en contra.

De este modo la oposicion se ha venido pareciendo, como no ha faltado quien diga, á una bola de nieve. En la votacion sobre la política del gobierno en Italia reunió 44 votos, en la de la enmienda al art. 20 del proyecto de ley de gobierno de las provincias 63, en la de ese mismo artículo 67, y en esta del 30, 69.

En las filas ministeriales ha habido tambien su progresion; pero en sentido inverso. En la votacion de Italia tuvo el gobierno en su favor 176 votos, en la de enmienda al art. 20 mencionado, 138, en la de este artículo 122, y finalmente, en la del art. 30 nada mas que 110.

La oposicion vá aumentando sus adeptos dos á dos; la mayoría vá disminuyendo los suyos docena por docena; pero el resultado viene á ser el mismo.

En la discusion del resto de la ley ha querido el gobierno contener la emigracion á fuerza de concesiones; cuantas enmiendas han presentado los disidentes declarados y los disidentes por declarar, han sido admitidas con la mayor benevolencia y sin el menor regateo.

Así no es fácil que conozca á la ley, si la mira por sus últimos artículos, el mismo que la hizo; pero no por eso deja de ser menos detestable. Terminada ya su discusion, resulta el conjunto mas monstruoso que es posible imaginar.

Al mismo tiempo que de este proyecto de ley, se ha ocupado el Congreso de algunos otros asuntos, de los que únicamente haremos mencion de aquellos que tienen importancia.

Las actas de la eleccion de Guernica han sido desaprobadas porque el elegido era diputado por otro distrito cuando le dieron sus sufragios los electores de aquel colegio. El deseo de saber el estado en que se halla el interminable proyecto de ley de imprenta, dió lugar á una pregunta á que la comision contestó del modo mas evasivo que le fué posible. A otra sobre si habia remitido el gobierno las listas de los diputados que han recibido gracias del gobierno, se contestó tambien de cualquier modo. Una peticion de los tene-dores residentes en París, de la deuda amortizable, para que, ademas de los doce millones á ello destinados, se

invirtiese en su amortizacion el 20 por 100 de la venta y renta de los bienes de propios, se resolvió en sentido negativo.

Con una de aquellas fórmulas de cajon que nada significan; otra del ayuntamiento de Zaragoza para que se nombrase una comision que examinara el espediente del ferro-carril de aquella capital á Francia por Huesca y Cafranc; y de un modo ambiguo la de los que desean la completa supresion de pasaportes.

Del Senado pudiéramos muy bien pasar sin decir nada. No ha celebrado en la quincena mas que dos ó tres sesiones, en las cuales no se ha discutido ningun asunto de importancia. El anuncio de varias interpelaciones y entre ellas una sobre la trata de negros en Cuba, y la necesidad de cohibirla, y la aprobacion de varios dictámenes, ha sido cuanto allí se ha visto.

No han escaseado los sucesos extra-parlamentarios durante la quincena.

Entre ellos figura en primer término la crisis ministerial. Es cosa sabida que las cosas mal arregladas duran poco, y por eso á nadie ha sorprendido oír hablar de crisis, cuando no hace mucho tiempo que la hubo, y se resolvió dejando en pié las cuestiones que la promovieron. Las mismas causas de antes son las que ahora la ocasionan; los ex-progresistas no pueden llevar con calma la tendencia retrógrada de la situacion, y amenazan con una defeccion que concluiria de seguro con la existencia de la union liberal. El presidente del Consejo de ministros quiere evitar á todo trance que esto llegue á suceder, y se adhiere al modo de sentir del ministro resellado, que quiere que se haga alguna manifestacion liberalizadora. Los ministros moderados se muestran algun tanto displicentes, y de todo ello resulta un desconcierto que hace imposible que continúen así las cosas mucho tiempo.

En vista de la actitud de los ex-progresistas, se cree que la crisis se resolverá en sentido favorable á sus aspiraciones, y de ahí que cuantas candidaturas circulan para las vacantes que se supone que han de resultar en el ministerio, están formadas casi esclusivamente de nombres de resellados.

Hay quien opina que, así como la anterior, se conjurará esta crisis, y que todo se arreglará disolviendo las Cortes, que ya comienzan á sublevarse, ó suspendiendo, cuando menos, las sesiones. Arreglo seria este, como á primera vista se comprende, peor que el anterior; pero se habla de él con tanta insistencia y tan marcada intencion por los órganos del ministerio en la prensa, que no puede dudarse que está en proyecto.

Sea de ello lo que se quiera, el resultado es, que la situacion se aproxima á su punto final; si entran los resellados en el gobierno, queda en frente de él la fraccion de los disidentes; si se disuelven las Cortes, sabe Dios lo que saldrá de las nuevas elecciones; y si se suspenden las sesiones, progresistas, resellados, moderados y disidentes formarán una sola falange que, en la prensa y en otros terrenos, podrá poner al ministerio en grande apuro.

Nuestro ex-embajador ee Méjico, que habia querido retardar todo lo posible la vuelta á España, para dar tiempo á que se desvirtuase el tristísimo efecto produ-

cido por sus errores y sus inconveniencias, y que en vez de venir á ilustrar con sus esplicaciones al gobierno para que emprendiese desde luego la marcha mas conveniente en los sucesos de aquella república, se habia ido á solazar por Inglaterra y Francia, ha llegado al fin á esta corte. Es tanta la curiosidad que inspira, que todos se desviven por verlo y oirlo. Se cree que hablará en el Senado, y que allí defenderá su conducta, y aun hará ciertos cargos al gobierno, de que este se muestra bastante temeroso. Es desgracia la del ministerio, que en cada embajador que vuelve, encuentra un nuevo enemigo.

La real familia ha salido para Aranjuez, donde permanecerá hasta que el calor comience. Bien mirado este suceso por su índole, nada político, es un nuevo percance para el gobierno, que ademas de estar separado de uno de sus individuos, que ha de residir en aquella poblacion, tendrá que andar constantemente derlas Cortes á S. M., y de Madrid á Aranjuez, para evitar que de una u otra parte salga el rayo que ha de terminar con su existencia.

La situacion de las provincias andaluzas tiene alarmados, y con razon, á los amantes del orden. Asi en la de Granada como en la de Málaga, se están encontrando incesantemente de algun tiempo á esta parte hilos de conspiraciones, y en varios pueblos como en Antequera, Zafarraya y Alhama, han estallado motines mas ó menos merecedores de atencion, cuyo objeto al parecer, ha sido abogar en favor de la causa republicana. Las autoridades trabajan con afan para precaver trastornos, y en gran parte de las poblaciones de aquellas provincias, se instruyen sumarios y se hacen numerosas prisiones.

Los diarios absolutistas toman de ello pié para clamar contra los revolucionarios y contra la libertad, manifestando un temor por ver alterado el orden de que no se mostraban poseidos cuando ocurrieron los sucesos de San Carlos de la Rápita. Otros periódicos creen hallar cierta relacion entre el aumento que está recibiendo la guarnicion de Gibraltar, y ese movimiento insurreccional de las provincias andaluzas; pero los ministeriales tranquilizan acerca de este último extremo, cosa que no hace gran mella, porque todos saben ya lo que son los ministeriales en cierta clase de cuestiones.

Si hubiera de atenderse, no al mérito, sino al número de los escritos del ex-infante D. Juan, seria indudablemente un gran publicista. A todos sus manifestos, renunciaciones de coronas, y cartas á los reyes y á los presidentes de las cortes, ha venido á añadir últimamente una especie de proclama á los carlistas para que se decidan á tenerlo por rey, que ha circulado con profusion, y de la cual se ha hecho sin embargo el poco ó ningún caso que merece.

A estos sucesos que son los mas importantes que han ocurrido desde nuestro último número, no hay que agregar mas, para que sea completa la reseña de todos los que han llamado la atencion; la vista de la causa que se sigue al diputado á cortes, ex-director de Consumos, y que con gran concurrencia se ha verificado en el tribunal Supremo de Justicia.

II.

La situacion política de Europa es la misma absolutamente la misma que hemos bosquejado en nuestra última Revista; no se ha desvanecido una sola de las tenebrosas nubes que cubren el horizonte; no ha venido un solo rayo de luz á iluminar el caos informe en que vagan hoy los hombres y los poderes.

Nada se ha adelantado en la cuestion de Roma; Polonia vive todavia entre la esperanza y el temor; el imperio de Oriente parece próximo á derrumbarse y abrir paso á la civilizacion; la cuestion alemana sigue siendo augurio de [nuevos y poderosos trastornos; las noticias de los Estados-Unidos anuncian que tal vez la guerra estalle, entre los Estados hermanos, y en el mismo Portugal deja sentirse el trastorno, que agita hoy sus alas en torno de todos los pueblos.

En medio de esta confusion ¿qué es lo que se puede esperar, qué es lo que se debe temer de los acontecimientos?

En los mismos momentos en que se esperaba que la cuestion romana entrase en una via franca y desembarazada, y que el emperador Napoleon, ó cerrase la puerta á toda esperanza del Piamonte, respecto á este asunto, ó retirase sus tropas y permitiese á las tropas italianas ocupar la ciudad eterna, hé aquí que se dan nuevas treguas, que se aplaza su solucion; mejor dicho, que se espera que los acontecimientos precipiten esa solucion que tanto se dilata por miedo á los ultramontanos, por no disgustar á los que desean que el nuevo reino de Italia se constituya, teniendo por capital á Roma.

Parece, sin embargo, que los sucesos se precipitarán; que será necesario tomar una actitud decidida; que, en fin pronto sonará la hora en que deben acabarse las vacilaciones.

El emperador de Austria se apresura á tomar acta de las palabras que en el Parlamento italiano se han pronunciado y escribe á Napoleon recordándole sus compromisos de Villafranca, declarando que su actual posicion en Italia no puede prolongarse, y que, si las tropas francesas abandonan á Roma se considerará libre de los compromisos contraídos en Villafranca. Nadie sabe todavia cuál ha sido la respuesta del emperador; ¿pero qué respuesta dará el tercer Bonaparte á una carta tan terminante que le pone en el caso de, ó ayudar á los piamonteses, y encender de nuevo la guerra contra el Austria, ó hacer que se cumplan los célebres preliminares de paz? Se sabe que Napoleon ofreció á su orador demócrata que *el poder temporal del Papa concluirá* en su consecuencia; ¿no puede creerse que, cuando parece se trata de aumentar la guarnicion francesa de Roma, sea solo para prevenir que el Austria, en un momento dado, pueda detener al Piamonte en su camino?

Napoleon sabe que una sola palabra suya bastaria para detener á su antiguo aliado en los límites que la prudencia le marcara, ¿á qué, pues, aumentar la guarnicion de Roma? ¿No es esta la verdadera respuesta á la carta de Francisco José?

Es, pues, evidente que Napoleon está por completo de acuerdo con Víctor Manuel, y si se añade á esto que

el emperador de Rusia no vé con disgusto la política seguida en Italia por el Piamonte y la Francia, nos convenceremos que mucho es lo que tiene que temer el Austria respecto á sus posesiones italianas, y que poco, muy poco, deben temer Francia é Italia de un enemigo á quien se ha vencido, y el cual no tiene por cierto la justicia de su parte. El apoyo moral de Rusia á la causa italiana es evidente. La prensa rusa no es libre; reciben sus palabras la sancion oficial, digámoslo así, y cuando en estos momentos los periódicos de aquel imperio no tienen mas que frases benévolas para el Piamonte y para Napoleon, séanos permitido creer, que fijos sus ojos en Oriente, en donde tambien los tiene la Francia, vea con alegría desaparecer el antes poderoso imperio de Austria, para de este modo no temer de ninguna nacion, cuando se trate de hacer desaparecer el imperio de Oriente, y repartirse entre Francia, Inglaterra y Rusia el miserable imperio otomano.

Tal vez nos hallamos cercanos á presenciar un nuevo crimen, parecido al de Polonia; tal vez la ocupacion de Siria, la peticion del Parlamento de las islas Jónicas, el odio que todos los dias estalla entre los principados y el imperio, no sean mas que los signos precursores de la nueva tormenta que amenaza al Oriente. Por fortuna, la ruina del viejo imperio, será favorable á la civilizacion, que entonces no hallará cerradas las puertas del Asia. El imperio de los Solimanes habrá desaparecido, y no dudamos que aquella santa tierra en la cual tuvieron lugar las sublimes y primeras escenas de nuestra redencion, quella tierra que guarda el venerado sepulcro del hijo de Dios, no sustentará en adelante á los hijos del pecado. La nueva cruzada será fértil en buenos resultados.

Hacia el Norte parecen agolparse las tormentas que estallarán en el Mediodia, y que tan hondamente la han conmovido.

La cuestion de Holstein sigue ocupando la atencion de cuantos ven en la actual organizacion alemana un germen de nuevos trastornos que remueven las tumultuosas escenas que han tenido lugar en el templo de San Pablo.

La unidad germánica está en el sentimiento de todos los verdaderos alemanes, lo mismo que la de Italia, en los de los italianos, y como esta, ha de traer graves trastornos el dia que se trate de plantear. Hungría y Polonia son á su vez una amenaza constante. y prueba grande de la prudencia del emperador de Rusia, es lo acertado que andubo en cuanto á las concesiones, que ya que no otra cosa, reclamaban los infelices polacos, esos hijos de la nacion mas noble y desgraciada. ¿Bastarán, sin embargo, dichas concesiones? El emperador se negó á darles la Constitucion de 1815, y cuando esto se les niega, cuando lo que los polacos desean mas es recobrar su nacionalidad, puede creerse que las concesiones hechas no harán mas que aumentar los deseos de conquistar otras nuevas, y de ninguna manera acallar sus legítimas pretensiones. Pesa sin embargo sobre ellos, el peso de los batallones rusos, y agradecer deben al autócrata esa especie de limosna que ha hecho á los infelices polacos.

En cuanto á Hungría, ¿qué podremos añadir? Nada.

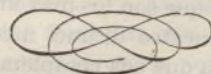
Hungría espera el momento en que pueda lanzar el grito de independencia, y la actitud de los comitados, la de los emigrados, entre los cuales descuella Kousuth, cuyos billetes del empréstito húngaro no ha podido hacer el Austria que se decomisasen por el gobierno inglés, todo anuncia que el dia en que suene la hora de la redencion del Véneto, resonará en Pesth y en las nobles montañas de Hungría. ¿Cuándo sucederá esto? Pendiente todavía la cuestion de Roma y relegada su solucion para dentro de seis meses, tendrán que esperar á que los voluntarios de Garibaldi penetren en el Véneto y den la señal de ataque contra el Austria.

Hemos dicho al principio que hasta en el mismo Portugal, ha habido movimientos políticos dignos de alguna atencion, sobre todo por parte del gobierno español.

Efecto de la antipatía que ciertos hombres políticos profesan á las hermanas lazaristas, efecto tambien de que estas no han sabido huir de las dificultades que las cercan, de aquí el que el conflicto haya llegado á estallar, y que tomando ciertos personajes políticos la defensa de dichas hermanas lazaristas, levantasen en la Cámara de los Pares su voz contra el gobierno, de una manera tan imprudente y torpe, que de aquellos mismos bancos saliesen las voces de «Abajo la Cámara de los Pares!»

Este suceso íntimamente ligado con el célebre «meeting» de Lisboa, que tanto desfiguraron en España los periódicos adictos al gobierno, sin que comprendamos el motivo, debe llamar nuestra atencion. En Portugal, en donde tanto se habla y se escribe en contra de la union ibérica, allí en donde cada dia se quiere ver en la mas leve é indiferente actitud de España una amenaza contra su independencia, allí es donde se oye á menudo los gritos que tanto asustan á los amantes de la independencia lusitana. En Portugal, mas que en España, es donde mas se trabaja, por llegar á la union deseada de ambos pueblos, y es que allí, se siente de una manera mas urgente de buscar remedio á la situacion financiera, tristisima, que amenaza, no su independencia, sino su crédito.

Esto no es en manera alguna lastimar el legítimo orgullo de nuestros hermanos, hijos de una misma raza, con unas mismas glorias, con igual porvenir; justo es que busquen en España el apoyo que necesitan, asi como nosotros buscamos en la alianza del vecino reino, una nueva fuerza que venga aumentar las que tenemos, y á hacer de la Península ibérica una nacion rica, poderosa, temible tal vez como lo ha sido en otros tiempos.



LA CUESTION DE MÉJICO.

De muy diversa manera ha sido apreciada la conducta del embajador de España en Méjico y el proceder del gobierno de aquella república al espulsarlo, por los órganos en la prensa de los diferentes partidos políticos. Los de oposicion han aprovechado hasta los menores incidentes de lo sucedido, para demostrar que la honra de la nacion ha sido vulnerada, que el gobierno es el responsable de ello y que es necesario obrar del modo mas enérgico, para hacer entrar en razon al de Juarez y dar á España las reparaciones oportunas; al paso que los ministeriales se han desatado en denuos contra el gobierno mejicano y, sin contradecir que ha habido injuria, han dedicado especialmente sus esfuerzos á presentarla como inmotivada y á hacer ver que el gobierno no tiene la culpa de lo sucedido, que su conducta en los asuntos de Méjico se acomodó á las conveniencias nacionales, y que el embajador español ha sido victima del mas injusto atropello; pero sin ver la necesidad de tomar venganza ni de exigir inmediatas reparaciones.

Como desde luego se observa, esta conducta es menos lógica que la de los oposicionistas, toda vez que si reconocen la injuria, debieran convenir tambien en que era necesario, para que la honra nacional quedase en el lugar que le corresponde, obtener la oportuna satisfaccion; pero ni unos ni otros han presentado el asunto bajo su verdadero aspecto.

Nosotros nos hemos abstenido á propósito de emitir nuestra opinion, y hemos querido esperar á que estuviesen algun tanto calmadas las pasiones para hacerlo. Al ocuparnos hoy de ella, lo haremos con la severa imparcialidad que es siempre la norma de nuestra conducta; y la mejor prueba está en que vamos á tratarla, no en el terreno de la política, en el que la han ventilado los demas diarios, y del que, en nuestro sentir, es completamente ajena, sino en el del derecho de gentes, á que propiamente pertenece.

Con arreglo á las prescripciones de este, todo gobierno no tiene el derecho de hacer salir del territorio de la nacion al embajador que, desconociendo la índole de su mision, se constituya en obstáculo para la marcha desembarazada de ese mismo gobierno, fomenta las discordias intestinas, favorezca á los enemigos del orden de cosas establecido, ó intervenga de algun otro modo ilegítimo en los asuntos del país; derecho que vienen ejerciendo los gobiernos desde tiempo inmemorial y que no les ha negado ningun escritor de derecho de gentes. Las prerogativas del embajador no pueden nunca ser un impedimento para que se obre en este sentido, y el derecho de embajada que tiene todo Estado soberano, no sufre la menor injuria porque de ese modo se proceda. Para que un soberano lo ejercite es necesario que no atente á los que bajo otros conceptos tienen los demas; y para que un embajador tenga derecho á que se le guarden las consideraciones de tal, que no falte á las que se merece el gobierno cerca del cual ha sido acreditado.

Con tal de que haya motivo suficiente para ello, y que la espulsion se verifique guardando al embajador los miramientos debidos y velando por su seguridad personal y por sus privilegios hasta que llegue á la frontera del Estado en que ejercia su cargo, no hay ni puede haber ofensa para la nacion que lo envió, ni para su soberano, cuya persona representa, en espulsarlo.

El derecho de hacerlo salir del territorio nacional no puede ponerse nunca en duda, y el ejercicio de un derecho no es jamás una injuria. Podrá haber ofensa en la espulsion, pero no consistirá en la espulsion misma, sino en el modo con que se verifique.

Esto sentado, y no pudiendo negarse al gobierno de Juarez el derecho de espulsar al embajador de España, y á todos los de las demas naciones, veamos si la manera con que ha usado de él es ofensiva para España y si su resolucion ha sido inmotivada; ó lo que es lo mismo, examinemos la conducta del Sr. Pacheco en Méjico y la situacion del gobierno que lo ha espulsado, cosas una y otra, que en nuestra opinion, deben tenerse muy en cuenta para apreciar este segundo estremo.

De lo documentos oficiales, tanto mejicanos como españoles, resulta del modo mas evidente que el gobierno de Juarez dió sus pasaportes al Sr. Pacheco, notificándole previamente que lo hacia así porque consideraba su permanencia en la república como un peligro para la consolidacion del nuevo orden de cosas. Se le concedió para salir de la capital un término de 48 horas, otro mayor para abandonar el territorio mejicano, y se puso á su disposicion una escolta para librarlo de los insultos de las partidas constitucionales, la cual lo acompañó hasta Veracruz.

Si no puede negarse el derecho de espulsion, tampoco desconocerse el de fijar término para salir de la nacion ó de un punto determinado de ella; y, por lo tanto, en la manera con que se verificó la despedida del Sr. Pacheco no hay insulto á España, ni á la Reina, ni atentado á la honra nacional.

Si la resolucion del gobierno de Juarez fué ó no inmotivada, es punto que no ofrece la menor dificultad.

Cuando el Sr. Pacheco fué enviado á Méjico estaba encargado del poder en aquella república el partido moderado, y en lucha abierta con el constitucional que apelaba á las armas para recobrar la direccion de los asuntos públicos. Estando este compuesto de la gran mayoría del pueblo de Méjico, contando con inmediatos recuerdos del poder, con muchos recursos, y teniendo, como tenia á la sazón, un ejército respetable, y el dominio de algunas provincias, eran casi iguales las probabilidades que el uno y el otro tenían de vencer y quedar por dueños de la república.

La habilidad de un embajador medianamente inteligente debiera haber estado en conservar una estricta neutralidad, favorecer con sus consejos la causa de la reconciliacion, conservar inteligencias con el partido insurrecto sin escitar los odios del que gobernaba, y poder, cualquiera que fuera la suerte de las armas y la solucion de los negocios, sacar partido de las circunstancias y de la solucion de los negocios, en beneficio

de su nación y de sus compatriotas establecidos en la república.

Esto es lo que la razón aconsejaba y lo que en las circunstancias ordinarias hubiera debido hacerse. Pero si á ello se añade, que el partido insurrecto tenía antiguos motivos de saña contra los súbditos españoles, se comprenderá que había un motivo mas todavía para no dejar de obrar en ese sentido. Teniendo en cuenta la probabilidad de que triunfase, se le debía haber halagado, y alejar, haciéndose acreedor á su reconocimiento, la posibilidad de que una vez en el poder se dejara llevar de sus inveterados odios.

¿Pero ha sido esta la conducta de nuestro embajador? Declarándose desde el momento que llegó á Méjico, enemigo declarado del partido constitucional, favoreciendo constantemente con su influencia al de Miramon, aconsejando á este en contra de los constitucionales, desechando imprudentemente las proposiciones que el partido constitucional le hacia, y hasta presentándose frecuentemente en los reales de Miramon para animarlo á la lucha, hizo mas profundo aun el resentimiento que había entre los liberales y los súbditos españoles, y apareció á los ojos de los insurrectos como un *alter ego* del presidente, de su partido y de su política.

El Sr. Pacheco no fué ya un representante de España en Méjico, sino un *clerical* mas, segun la denominación que se da allí al partido de que era jefe Miramon, un representante de un gobierno enemigo del partido constitucional cerca del partido retrógrado.

Los grandes servicios que prestó á este, le dieron naturalmente gran influencia, su conocimiento de la política del gobierno, recursos poderosos, y la amistad de Miramon muchas relaciones. El Sr. Pacheco llegó por lo tanto, á ser un jefe *clerical* y de los mas influyentes.

Derrotados los conservadores, y dueños del poder los constitucionales, quisieron, como era consiguiente, desembarazarse de los mas poderosos de sus enemigos para poder plantear sin obstáculos su sistema de gobierno. Miramon, sus ministros, y casi todos los personajes de su bandería, se espatriaron cuando cayó Méjico en poder de las tropas de Juarez, y al empuñar estas las riendas del gobierno, se halló frente á frente del Sr. Pacheco, que escudado con su carácter de embajador, creyó que podía quedarse en la capital, y no imitar la conducta de los otros jefes del partido vencido.

Lo pasado bastaba para que no se manifestara dispuesto á tenerle muchas consideraciones; pero la de que un embajador que de tal modo había tomado partido por los retrógrados, podía muy bien conservar relaciones con los emigrados y continuar representando un jefe de los vencidos, cuya presencia alentase á estos para resistir el nuevo orden de cosas, ó alimentara al menos sus esperanzas de ver de nuevo á Miramon en el poder, fué muy suficiente para que se resolviera á darle los pasaportes; y no vacilamos en calificarlo de razón legítima para hacerlo.

Evidente es, en su consecuencia, que la expulsión se hizo sin agravio, y que hubo motivos bastantes para acordarla; y, por lo tanto, que en el proceder del go-

bierno mejicano no hay injuria para España, y que esta no debe tomar satisfacción de una ofensa que no se le ha inferido.

Si no ha hecho buen papel, cúlpese al gabinete O'Donnell tan solo. El es el único responsable del ridículo que ha recaído sobre nosotros. Un gobierno que consiente que su embajador se conduzca en unos términos tan improcedentes, y que crea á la nación conflictos que debieran evitarle á todo trance, es merecedor de la mas enérgica censura.

Creemos que el gobierno mejicano no nos ha ofendido; pero creemos tambien que España no ha quedado en el lugar que le correspondia, no por culpa de aquel gobierno, sino del español. El que recibe una ofensa tiene á su lado á todos los amigos de la justicia; el que obstinadamente la busca y no la encuentra, sin embargo, á pesar de haberla provocado, es el único responsable del ridículo que atrae sobre sí y sobre aquello que representa, con una conducta tan temerariamente obcecada.

España se halla en el caso de darse por resentida, de querer librarse de la nota que pesa sobre ella; pero ese resentimiento no debe tenerlo contra el gobierno mejicano, sino contra el suyo, y esa nota, este es el que se la ha acarreado.

Ansiosamente esperamos que este asunto se ventile con mayor conocimiento de causa en las Cortes. Allí creemos que se harán al gobierno los cargos que merece, y que se establecerá la conveniente separación entre la parte que tiene en lo ocurrido el mejicano y el del general O'Donnell.

No somos nosotros de los que se dejan cegar por el amor propio. Amantes como el primero de la gloria nacional, y celosos como nadie de la honra de nuestra patria, haremos siempre la debida distinción entre lo justo é injusto. Si España hubiera sido ofendida, seríamos los primeros en pedir venganza; pero no ha sido así; no ha habido un gobierno mejicano que nos ofenda; sino un gobierno español y un embajador que nos pongan, ó por mejor decir, que se pongan en ridículo; y de este ridículo no puede hacerse responsable á Méjico, sino á aquellos que lo han ocasionado.

No nos dejamos alucinar por los que quieren envolver la honra nacional con las torpezas del gobierno, y cubrir á este con la égida del patriotismo, á que nadie nos gana. La cuestión no es de patriotismo solamente, tal como lo entienden los que así opinan; no estamos en el caso de dejarnos arrebatados por él, y sancionar ciegamente todos los desaciertos del gobierno. Se debe tener patriotismo; pero no para apoyar las torpezas, sino para ponerlas en evidencia, y exigir para el asunto una solución digna, noble, adecuada, verdaderamente nacional y sobre todo, justa. Reconozca el gobierno su error al nombrar al Sr. Pacheco; exíjase la responsabilidad al inhábil embajador, y conquistaremos en Méjico, con esta conducta justa y severa, mayor influencia que con los cañones Armstrong.

ODRACIR (1).

(1) De este mismo autor son los artículos publicados en los tres últimos números del año anterior y en el primero de este con los títulos de *La intolerancia universitaria*, *El ferro-carril de los Alduides*, *El Austria y la libertad* y *La contrata de tabacos*.

DISCURSOS ACADÉMICOS (1).

ARTICULO II.

El Sr. Madrazo en su discurso nos ha presentado á la nacion española, que, destinada por la Providencia para un fin especial, por escelencia civilizadora, debiendo llevar á cabo hechos portentosos y de grande influencia en los destinos de la humanidad, desde que aparece en la historia con fisonomia y carácter propio, empieza á manifestar de un modo mas señalado que otros pueblos, tres sentimientos dominantes, que despues se van fortificando en ella, á saber: el religioso, el de independencia y el monárquico, mostrando al propio tiempo menos desarrollado el sentimiento estético en la parte de puro sensualismo. Veamos ahora con nuestro propio examen si estos grandes rasgos son los que aparecen en la fisonomia de nuestra España, tal como la ha retratado la historia.

El sentimiento religioso es el principal en todos los pueblos, porque va naturalmente ligado con la conciencia de nuestra propia debilidad, y de la dependencia de un Ser Supremo, y porque él mantiene y fomenta poderosamente los otros grandes sentimientos: el de independencia, enseñándonos que los hombres son seres libres é iguales entre si, como que alcanzan todos la dignidad de hijos de Dios: el monárquico, inspirándonos reverencia hácia los que representan en la tierra el gobierno supremo del Todopoderoso, por lo cual los reyes tuvieron siempre algo de inviolable y divino. En lo tocante, pues, al sentimiento religioso, la historia nos pinta á los españoles desde la mas remota antigüedad muy dados al culto de sus dioses. Despues cuando abrazaron el cristianismo, lo hicieron con extraordinario fervor, y en las épocas de persecucion,

(1) El artículo anterior por uno de esos accidentes que ocurren á veces en las imprentas, y que no se advirtió hasta despues de hecha la tirada y repartido el número, salió desfigurado en parte, insertándose en el párrafo que empieza: *La idea cristiana y verdaderamente civilizadora*, un gran trozo perteneciente al inmediato. Para que el lector se sirva corregir esta lamentable alteracion, advertiremos que en la página 102, columna segunda, despues de la línea 62 que concluye en *ven*, debe pasarse á la página y columna siguiente línea 25, que empieza *cer que ciertamente* etc., y que despues de la línea 4 de la columna segunda de la misma página, se debe leer el trozo que se ha colocado inadvertidamente entre la línea 62 de la página 102 columna 2.ª, y la línea 25 de la página y columna siguiente.

Tambien rogamus al lector que tenga á bien corregir las siguientes erratas importantes que se han deslizado, entre otras, en el mencionado artículo, á cuyo autor no pudieron enviarse las pruebas:

Pág. 101 col. 1.ª línea 54. DICE lo que á la sazón harían, LEÁSE lo que á la sazón no harían; línea 46 y 47. DICE entendimiento, LEÁSE entender. Col. segunda línea 46 y 47, DICE D. Carlos de Naes, LEÁSE D. Carlos de Haes; línea 55 DICE Naes, LEÁSE Haes.

Pág. 102 col. 1.ª línea 27, DICE y de la grandeza, LEÁSE y la conciencia de la grandeza; línea 29, DICE misiones, LEÁSE mision; línea 48, DICE tomarse, LEÁSE tenerse. Ib. DICE intentos, LEÁSE los intentos; línea 49, DICE gozo, LEÁSE gasto; línea 67, DICE alarmado, LEÁSE formado. Col. 2.ª, línea 57, DICE y bastará, LEÁSE bastará.

Pág. 103, col. 1.ª, línea 50, DICE reformistas innovadores de la pujanza, LEÁSE reformistas é innovadores y de la pujanza; líneas 52 y 53, DICE guareció, LEÁSE guareciese; línea 58, DICE Rantre, LEÁSE Ranke; línea 45, DICE antiguo académico, LEÁSE el antiguo académico; línea 43, DICE con, LEÁSE Con; línea 48, DICE pero, LEÁSE puso, línea 59, DICE quizá, LEÁSE quizás no. Ib. DICE Perder, LEÁSE Pero en; línea 72, DICE caig, LEÁSE y caiga. Col. 2.ª, línea 36, DICE se erigirá, LEÁSE de erigirse; línea 52, DICE en particular, LEÁSE y en particular.

Pág. 104, col. 2.ª, línea 4, DICE contribuyeron, LEÁSE contribuyesen; línea 56, DICE Iness, LEÁSE Incas; línea 64, DICE si el, LEÁSE si es el. Col. 2.ª, línea 6, DICE Opar, LEÁSE Opas, línea 11, DICE es, LEÁSE él.

agenos á toda flaqueza, y desdeñando refugiarse en cuevas ni catacumbas, segun observa el Sr. Madrazo, así como el antiguo vasco desdeñaba defender su cabeza con el yelmo, (1) fueron innumerables los que ganaron la palma del martirio, distinguiéndose en ello de un modo especial las españolas, cuya fé vencía la flaqueza del sexo. En la época goda ese sentimiento se revela de un modo muy notable en la afición á la vida monástica, en la liberal esplendidez que usaban aquellos reyes con las iglesias, (2) en la en la importancia que adquirió la clase eclesiástica adonde se refugiaron el saber y la ilustracion, en los concilios en donde los prelados españoles atendieron con sábias leyes juntamente á purificar la moral, á sostener el dogma y á cimentar las ideas de buen gobierno, en la santidad de los Ildefonsos, Isidoros y Leandros, en las apariciones milagrosas de Maria Santísima y de Santa Leocadia, que refieren los cronistas toledanos, en la fé invencible que despues de hundido el imperio godo conservaron por siempre los mozárabes. No dió en aquella época el sentimiento religioso todo el buen resultado que de él pudiera esperarse á causa de la heregia arriana importada por los godos y que subsistió, profesada y sostenida por los reyes hasta el tiempo de Recaredo, de suerte que llegando tarde á prevalecer la unidad religiosa, este espíritu no llegó á dominar suficientemente en la nacionalidad española, dividida profundamente por razas y creencias, para evitar la miserable caída de aquel imperio. No quedaba ya suficiente religion en aquella corrompida corte de Witiza y Rodrigo, en donde habia desaparecido el freno de la conciencia: la dignidad de los prelados de nuestra iglesia, que tanto habia brillado en las asambleas toledanas, ya estaba perdida en tiempo de D. Opas. Caen las naciones cuando descuidan su mision, cuando se apartan del camino que la Providencia les ha señalado para llegar á su fortuna, y cuando olvidándose de sí mismas, se lanzan á una torpe imitacion de los extranjeros. Así cayó la España gótica cuando adoptó las estragadas costumbres de griegos y romanos, y cuando sus reyes y magnates imitaron el lujo y la disolucion de la corte bizantina.

Pero la Providencia con el duro azote de la invasion sarracena reanimó en el corazon de los españoles el apagado sentimiento religioso, con este latió fuertemente el corazon de Pelayo y de sus compañeros, cuando viéndolo todo arrollado y destruido por los enemigos de la fé cristiana, solo en Dios hallaron aliento y esperanza para intentar la árdua empresa de su restauracion. Necesitaban para tan desigual empeño algo sobrenatural, algo superior al interés de la propia vida y comodidad, que esto no les hubiera sido difícil lograrlo bajo el dominio de los árabes, como tantos otros que no pudieron ó no quisieron quizás sacudir el yugo sarraceno, y ese esfuerzo sobrehumano, superior á sus medios y á la razon imperiosa de las circunstancias, lo hallaron en el fervor religioso. Así es como hay mucho de sobrenatural y milagroso en los principios de esta restauracion en que la historia consigna el prodigioso suceso de Covadonga, las apariciones del apóstol Santiago, cuyo cuerpo hallado oportunamente, acrecentó sobremanera la devocion y la fé, los himnos celestes que entonaron los ángeles en la muerte del rey D. Alfonso el Católico, y otras maravillas semejantes, que si no la intervencion directa y visible del cielo, como nosotros creemos, prueban al menos la profunda fé de aquellos españoles, de la cual se hicieron intérpretes los cronistas. Desde entonces la cruz fué su bandera, Santiago su grito de guerra, los moros para ellos, infieles y enemigos de Dios, y este sentimiento, exaltado mas y mas

(1) Silio itálico.

(2) Ebn Hayan, de Córdoba.

por el combate, por el peligro y por la misma victoria, predomina sobre todos los demás en nuestros españoles durante toda la época de la restauración, como lo prueban la historia y las artes en los innumerables templos á Dios erigidos desde Pelayo en Oviedo, hasta los Reyes Católicos en Granada; y como se siente aun en esas maravillosas catedrales de León, de Toledo, de Burgos, de Santiago, de Sevilla y de Valencia. Este sentimiento no decayó un punto, sino que creció con los aumentos de territorio y de prosperidad, hallándose en su mayor exaltación cuando allanadas las mezquitas árabes de Granada, Dios abrió á los españoles las puertas, cerradas hasta entonces, de otro mundo, á donde ellos llevasen su fé católica, y la luz de la civilización.

Por eso España no decayó al fin de aquel período, antes se levantó mas y mas y entró en toda la grandeza de sus destinos, preparada para ello con el largo ejercicio de la guerra con los moros. El fervor religioso de los españoles, sin empeñarse con resolución en la conquista del Africa infiel, como quiso Isabel la Católica, tuvo nuevo pábullo, nuevo estímulo en la guerra con los idólatras americanos, y allí como en otras partes del mundo, rindió un grandísimo fruto que nunca podrá olvidar con desagrado la humanidad, sacando de la barbarie pueblos y jentes sin número. Continuó fomentándose aquel sentimiento con las guerras en que hubimos de mezclarnos en Europa contra calvinistas, luteranos y turcos; de suerte que nuestra nación escapó dichosamente á la perniciosa influencia de las innovaciones y revolución religiosa, con lo cual los españoles dieron materia de alabanza á los historiadores de aquel tiempo, porque «en lo que mas se señalan es en la constancia de la religión y creencia antigua, con tanta mayor gloria que en las naciones comarcanas todos los ritos y ceremonias se alteran con opiniones nuevas y extravagantes. (1)» Así logramos afianzar nuestra unidad política, juntamente con la religiosa; así ligados firmemente con el vínculo de una sola fé, hemos resistido las buenas y malas alternativas de los tiempos, y así España nunca ha vuelto á caer de un modo duradero de su independencia y de su dignidad. En las circunstancias calamitosas del siglo actual, ese sentimiento nos inspiró un valor invencible en la guerra de la Independencia, y no ha dejado de sentirse en la última campaña contra los moros, nuestros antiguos adversarios en política y religion, y siempre que el espíritu revolucionario ha tratado de hacer algun cambio, alguna alteración peligrosa en ese terreno, la ha rechazado el buen sentido de la nación española, que no ha querido perder miserablemente para su total ruina ese inmenso beneficio de la unidad religiosa, que nos han legado nuestros mayores, como el elemento mas poderoso de conservación y grandeza. Y que ha sido el verdadero sentimiento religioso el que ha guiado á la nación española en esa marcha que el Sr. Madrazo llama gráficamente *una cruzada continua*, no es posible negarlo; porque si el interés y el orgullo inspiran ideas de conquista, estas quedan inútiles para el pueblo sometido y para la civilización y bien de la humanidad cuando se llevan á cabo como los ingleses las suyas en la India; pero los españoles en Oriente y en Occidente, al fijar en un país su planta vencedora, lo primero que han hecho ha sido erigir altares al verdadero Dios y conquistar aquellos pueblos para el cristianismo; semilla de bendición que no se ha perdido en los territorios donde ya acabó nuestro dominio.

El sentimiento de independencia y libertad se nota asimismo de una manera sobresaliente en el carácter del pueblo español. Como la aspereza del suelo, su si-

tuación aislada, la vida sóbria, el trato frugal, la severidad de las costumbres y la suficiencia de los recursos propios y domésticos, inspiran ideas de libertad, pocas naciones habrán sido colocadas por la Providencia en condiciones tan ventajosas como la nuestra para ser independiente. Así lo eran los primitivos españoles y lo fueron por largo tiempo, hasta que la riqueza de sus minas y fertilidad de su tierra, atraieron á nuestra Península poderosos invasores, á quienes los nuestros, no pudiendo superar, dieron sin embargo, á las demás naciones los altísimos ejemplos de Sagunto y de Numancia. Sabido es que en aquellos remotos tiempos habitaban en España multitud de pueblos libres é independientes en sus respectivos territorios, sin otro vínculo que el de algunas confederaciones y mutuos conciertos; bajo la dominación romana supieron asegurarse al menos la libertad y constitución propia del municipio. Pero la opresión extranjera les hizo conocer la necesidad de su unión y de preferir la independencia colectiva á la libertad particular. Consiguieronlo al fin, y el sentimiento de independencia se desenvolvió con mayor intensidad bajo el imperio godo, cuyos reyes, contando con súbditos aguerridos, y á quienes el cristianismo había emancipado de la esclavitud antigua, emprendieron y llevaron á cabo con felicidad el desalojar á griegos y romanos de las plazas que aun poseían en nuestra Península, y por la parte de las Galias contribuyeron poderosamente á rechazar la terrible invasión de Atila.

Enndióse despues el Estado y la libertad española por las causas que hemos apuntado, y principalmente por la corrupción de las costumbres, la pasión del lujo y deleite, imitada de pueblos extranjeros ya viejos y estragados, con lo cual, enervándose el hombre, pierde la idea y hasta la posibilidad de no ser dominado por otro; pero el sentimiento de independencia, alentado por el religioso, se manifestó poderosísimo en el alzamiento atrevido de Pelayo, y en otros menos felices como el de Teodomiro, así como tambien en los intentados por los mozárabes en tiempo de su caudillo Omar Ebn Hafsun. La guerra incesante con los moros por recobrar el terreno de que los habian despojado, mantenía vivo aquel sentimiento en el corazón de los españoles; acrecentábale la fortuna, y al par que exteriormente y en la frontera se trabajaba combatiendo por la independencia nacional, interiormente las poblaciones no se mostraban menos celosas de sus libertades, resistiéndose contra la tiranía de los nobles y señores, y haciendo el feudalismo menos opresor que en otras partes de Europa, obteniendo de los reyes ventajosos fueros, rechazando en nombre de la justicia y la igualdad cristianas las demandas de los monarcas y poderosos, logrando de ellos desagravios y reparaciones, y alcanzando, en fin, notables franquezas y derechos, como el de reunirse las ciudades en Cortes para hacer demandas y defender sus inmunidades y prerogativas.

El sentimiento de independencia, cuando nos acercamos á nuestra grandeza reconquistada del todo, la Península, se convirtió en un vivísimo deseo de dilatar por el mundo el dominio hispano; manifestóse en el incontestable esfuerzo con que sostuvimos por todas partes la gloria de nuestro pabellon con un sentimiento de nacionalidad, no menos fuerte que el de los romanos al extender y glorificar por todo el mundo á la sazón conocido el nombre y prepotencia de Roma. El peligroso levantamiento de las comunidades en el reinado de Carlos V, prueba que el pueblo español no sufre el ver sus fueros hollados y ver predominante en ella la política extranjera, ni se contenta con la gloria de conquististas y grandezas tan notables como las de aquella época, si por ella ha de perder sus patrias libertades. Cuando la decadencia de nuestra fortuna nos ha traído hasta el punto de ver amenazada nuestra independencia en el mismo recinto de la Península, ya observamos cuán poderoso se despertó ese sentimiento en el cora-

(1) El P. Mariana.

zon de nuestros españoles, y cómo le manifestaron, asegurando la suya y contribuyendo eficazmente á asegurar la libertad de toda la Europa, que intentaba encadenar un nuevo conquistador. Y si ese espíritu nobilísimo, no es bastante en la actualidad para rescatar algún giron arrancado de nuestro manto, y para recobrar todo el ascendiente y legítimo, puesto que nos corresponde en la política internacional europea, atribuyámoslo á desdichas de los tiempos que corren, en los cuales han desmayado algún tanto los otros sentimientos propios de nuestra nacionalidad, porque dejándose arrebatados por el momento una parte de los españoles por el vértigo revolucionario que á la Europa agita, se ha perturbado en alguna parte el justo equilibrio entre el espíritu religioso, el monárquico y el de verdadera libertad.

Digamos algo del espíritu monárquico con respecto á España. Considerado generalmente, tiene su origen este sentimiento en el afecto de respeto y obediencia debido al padre de una familia por aquellos que la componen: padres son los reyes, hijos los pueblos, hallándose unos y otros ligados por mutuas obligaciones y deberes, no por cierto derivados de abajo arriba, como erradamente hoy muchos propalan, sino emanados de la idea de Dios y de su gobierno supremo y uno, de quien procede toda potestad. Para investigar los gérmenes del sentimiento monárquico en España, aun me parece poco reconocerlos en los primitivos jefes de los godos; pues cuando los cartagineses y romanos invadieron nuestra Península, las tribus y pueblos que la habitaban regíanse, según todas las apariencias, por sus régulos, que á semejanza de los reyes árabes, ejercían en cada uno de ellos una autoridad patriarcal. En sus intentos de resistencia contra la dominación romana aparecen también los españoles capitaneados por sus régulos y caudillos. Cuando la invasión de los pueblos del Norte formó en las provincias de España diversos Estados, se fijó en ella la idea monárquica, idea que prevaleció mas y mas, tendiendo los españoles hacia la unidad, siendo aniquiladas las monarquías fundadas aquí por suevos y otras gentes, y dominando en toda ella la establecida por los visigodos. Desde entonces la soberanía monárquica queda para siempre firmemente asentada en nuestra Península favorecida por el asenso popular, por la sanción de la Iglesia, y por la propia fuerza y vida con que se arraiga en nuestro suelo, y si un momento se hunde con el desconcertado carro de Rodrigo en las aguas del Guadalete, vuelve á levantarse sobre un pavés con Pelayo en las asperezas de Covadonga, alquiritando cada día mayor ascendiente, y gloria y fortuna.

La monarquía en España es en gran manera popular: la inflexibilidad del derecho divino se modera por aquella máxima altamente equitativa y cristiana asentada por la Iglesia española reunida en un Concilio: *Rex eris si recta facis: si autem non facis, non eris*, y al desarrollarse esta institución, se asocia á todo pensamiento de grandeza y gloria para nuestra nación. Comprende sus ideas, tendencias y destinos, dirige sus empresas, da impulso á los sentimientos y espíritu nacional; ya le asegura á la España su independencia en la época goda, arrojando á griegos y romanos, ya marcha al África con Theudis y Sisebuto á poner un dique contra las futuras invasiones de aquellos bárbaros; ya la acaudilla para restaurar el estado y la religión destruidos por los sarracenos; marchando siempre en la guerra á la cabeza de nuestras huestes y morando en perpetuo campamento (1) hasta no quedar un infiel en el suelo ibérico; ya ayuda al pueblo para derrocar la prepotente nobleza; ya patrocina y lleva á cabo la alta empresa de Colón; ya envía y acompaña á nuestra nación á ganar gloria, á propagar y sostener la creencia católica, á contener irrupciones de nuevos bárbaros, á ex-

tender la civilización por los países mas remotos. No hay hecho elevado, noble y útil que nuestros reyes no hayan ejecutado; no hay gloria nacional que en gran parte no les pertenezca; no hay en nuestra historia recuerdo alguno glorioso ó de gratitud que no vaya unido á la memoria de nuestros soberanos. En España, rara, rarísima vez, ha habido antagonismo entre el pueblo y el monarca: la gloria de nuestros reyes ha languidecido ó se ha reanimado juntamente con la de nuestra nación: casi todos han sido padres del pueblo, y si alguno ha habido á quien la severidad histórica acuse de tiranía, desenfreno ó imbecilidad, ténganse presente las épocas en que han vivido, en las cuales el trono no ha podido menos de contaminarse con la corrupción general, ó endurecerse con la dureza del siglo ó desmayar con la decadencia del Estado. Corrompido fué Witiza como los godos de su tiempo; duro y fiero D. Pedro el Cruel como la época en que vivió; apocado y débil Carlos II, como la España al concluir el siglo XVII. De suerte que en España, menos que en otra parte alguna, puede hallarse memoria de esa mentida lucha que quieren establecer algunos falsos políticos entre los pueblos y los tronos, desconociendo el fin providencial con que Dios ha solido dar males imperantes, como un castigo, á las malas y estragadas naciones: como si la corrompida Roma, no hubiese merecido sus perversos emperadores; y si aquella raza que allegó las riquezas y los vicios de todos los pueblos, no hubiese merecido la esclavitud y sujeción á que la han sometido por mucho tiempo francos, hispanos y germanos.

El sentimiento de lealtad hacia los reyes cobró en España tal fuerza, que sirvió de fuerte dique á las demasías y altivez de la grandeza, y reflejado en nuestra literatura dramática, produjo tipos tan interesantes como García del Castañar. *Del rey abajo ninguno* hizo decir Rojas al héroe de su inmortal comedia, reasumiendo en estas palabras todo el pensamiento de aquella obra, y Calderón de la Barca dijo en la suya, titulada *A secreto agravio, secreta venganza*,

«Que es la sangre de los nobles
Patrimonio de los reyes.»

Pero los tres grandes sentimientos que la historia, la tradición y hasta la poesía nos muestran arraigados profundamente en el corazón de los españoles, hubiéranse debilitado mucho, é incapacitado en gran parte á esta nación para sus elevados destinos, si Dios no hubiera proveído, por decirlo así, á su incorruptibilidad con especialísimas condiciones de naturaleza, clima y crianza que los hubiese puesto al abrigo de las influencias exteriores. No necesito yo manifestar tales condiciones: el Sr. Madrazo ha descrito con feliz pincel la situación especial en que Dios colocó á la raza ibérica, la antigua pureza y austeridad de sus costumbres é ingenuo, su sufrimiento en los trabajos, la gravedad proverbial de su carácter, su educación juntamente militar y religiosa, recibida en largos días de adversidad, en muchos siglos de guerra con los enemigos de su patria y de su fé, y otras causas que, moderando el sensualismo, imprimieron en todas sus obras un sello mas señalado de severidad y espiritualismo.

Tales causas engendraron en el ingenio español, como dice el Sr. Madrazo, cierta ineptitud para las artes del deleite; y sin que esto sea dicho en elogio, ni en censura de nuestro genio artístico, ello es indudable que, en lo tocante á la belleza é idealismo de la forma, el español ha estado en condiciones menos ventajosas que griegos y romanos. Nuestros pais es, por lo general, menos risueño que los habitados por aquellas gentes; no hay en nuestra península paraísos como los de Arcadia, Tibur y Cáprea; tenemos menos marinas deleitosas, menos amenidades y menos incentivos para la molición. En la edad media, mientras el español se endurecía en la guerra y sacrificaba su vida por la patria ó por la religión, el italiano, decaído de la antigua

(1) De ahí vino el llamarse REALES á los campamentos.

grandeza romana, abatido por la servidumbre, divertía sus ocios con los halagos de la música, la pintura, la escultura y la poesía. Otra causa contribuía á ello poderosamente: la influencia del cristianismo, que aspira á enaltecer el alma á costa de los sentidos, había sido mayor en España, en donde había imperado menos la mitología pagana, sensual y voluptuosa, que no en Italia, donde, como dice elegantemente el Sr. Madrazo, los risueños fantasmas del politeísmo asediaban á Roma cristiana. Así es como nuestra poesía, grave, varonil y espiritual, apenas se ha contagiado del gusto gentilicio, ni han hecho en ella gran fortuna los mitos de Venus y Cupido: las reminiscencias mitológicas no han inspirado á nuestros mejores poetas, sino cantos muy desmayados, y el divino Herrera, inspirándose en ellas para cantar á D. Juan de Austria, queriéndole comparar á Júpiter Tonante, estuvo muy inferior á sí mismo, cuando, inflamado por el sentimiento religioso y la poesía bíblica, nos cantó, con un acento semejante al de los profetas hebreos, la jornada victoriosa de Lepanto y la muerte del rey D. Sebastian, modelos inmortales de nuestra poesía lírica.

En la poesía castellana de las mejores épocas, el amor sensual se ve casi siempre refrenado por un poderoso sentimiento de honor: ahí está ese tipo divino de *La esclava de su galán*: ahí el *Médico de su honra*: ahí *No siempre lo peor es cierto*, en donde un amante, perdidamente enamorado de su dama, pero celoso de ella, rechaza de sí toda idea de amor carnal con que pudiera satisfacer la pasión que le devora, y esclama:

«Es vil, es ruin, es infame,
El que solamente atento
A lo irracional del gusto,
Y á lo bruto del deseo,
Viendo perdido lo mas,
Se contenta con lo menos.»

Si este gusto se nota en nuestra literatura dramática del siglo XIII, reflejo fiel de nuestras antiguas ideas y espíritu, lo mismo se echa de ver en nuestra música de tono grave y religioso; en nuestra pintura y escultura, que se ha ensayado con mas frecuencia y éxito en representar celestes virgenes que livianos Apolos y Venus, y en nuestra arquitectura, que puede resumirse en las majestuosas y severas fábricas de la catedral de Toledo y el monasterio del Escorial.

La observación del Sr. Madrazo sobre la ineptitud del ingenio español para las artes del deleite, ha sido gravemente censurada en un artículo anónimo, inserto en el periódico político titulado *El Contemporáneo*, artículo bien escrito é ingenioso en verdad, pero con cuyas apreciaciones no podemos conformarnos.

Este articulista, habiendo hecho gran elogio del discurso del Sr. Madrazo por sus condiciones literarias le impugna por creer que ha exagerado la idea del espiritualismo en las artes españolas; sostiene que si es real esa incapacidad de nuestro ingenio para las artes del placer, es una falta lastimosa que debiera enmendarse, y no una excelencia digna de alabanza; y combate la proposición presentada por el nuevo académico de que «en todas las naciones así en el mundo antiguo como en el moderno, la excesiva perfección de la forma consagrada al deleite coincide siempre con la depresión del sentido moral.» No pudiendo negar que el florecimiento de las artes de que hablamos haya coincidido repetidas veces con la inmediata corrupción y caída de un imperio, y con la pérdida ó maleamiento de una civilización; niega, sin embargo, que tal fenómeno histórico haya de tenerse por causa ni por señal siquiera de aquella degeneración y decadencia. Pesar y analizar todas las razones en que se funda este crítico para ensalzar esas artes que censura el Sr. Madrazo, fuera larga tarea y entrar de lleno en la importantísima cuestión que divide á las dos escuelas, espiritualista y sensualista. Yo

no discutiré si hay en los poetas y artistas españoles verdadera ineptitud para idealizar el deleite y las seducciones de los sentidos, pero sí sostendré que no es ese el carácter que distingue á las letras y artes españolas, como con numerosos ejemplos y razones lo ha probado el señor Madrazo.

Si existe en el ingenio español esa facultad, es sin duda en un grado menos eminente que en otros pueblos, en quienes la naturaleza y la educación desarrollaron el sensualismo voluptuoso; pero nunca con el sello de perfección y de idealismo, condiciones necesarias de las bellas artes. Mas suponiendo que en realidad no exista en nosotros esa facultad, yo no veo por qué deba remediarse como falta lastimosa lo que hizo la naturaleza, ni entiendo por qué no ha de alabarse lo que, dejando á nuestra civilización otros caminos por donde progresar y brillar, aparta de ella un germen de corrupción cuya influencia es innegable. En la misma antigüedad clásica de aquella Grecia, que como ninguna otra nación sobresalió en el sentimiento estético y su expresión artística, vemos que Platon condenó la poesía y quiso arrojar de su república á los poetas, porque comprendía el peligro de que exaltasen las pasiones, y pervirtiesen con su influencia la moral. Purificada esta mas y mas por el espíritu cristiano, claro es que se debía oponer un dique mas poderoso á ese peligro, y hé aquí por qué despues de propagado el cristianismo, las artes del deleite, sino proscritas del todo, nunca han llegado á la perfección de forma que alcanzaron antiguamente en Grecia y Roma. No afirmaré como regla sin escepcion, que las épocas, en que la forma artística consagrada al deleite llegó á extraordinaria perfección, se señalaron igualmente por la depresión del sentido moral. Pero yo no encuentro ese refinamiento artístico entre los mismos griegos y romanos hasta que las riquezas de Asia y de todo el mundo, hasta que el orgullo del poder y la victoria, corrompieron sus costumbres, y eso que tales pueblos habían recibido de la naturaleza aquellas dotes en un grado mas superior á otras naciones, entre ellas nuestra España. Si en tiempos mas recientes la poesía toma un acento sensual, si se fabrican con gran perfección Venus y Apolos, y se labran suntuosos alcázares, moradas del placer, esto, ó bien sucede entre los italianos degenerados de la antigua grandeza romana, ó bien entre los árabes, gente dada á los goces de los sentidos, y cuya civilización materialista é infecunda, en pos de un breve brillo, desapareció para siempre. Las artes del deleite son fomentadas y sostenidas por la ostentación y la molición, síntomas que manifiestan los pueblos en sus periodos de decadencia. Claro es que el gran desarrollo de tales artes no puede ser causa bastante para la corrupción y decaimiento de una nación, pero es casi siempre su efecto, y siempre será verdad y debe considerarse como una ley histórica que los hombres se ablandan y enflaquecen con la abundancia de los deleites y regalos, de los cuales son una expresión aquellas artes. Tal fué el germen corruptor que precipitó la ruina del imperio godo en la época de los disolutos Witizas y Rodrigos; tal el que ya deploraba el P. Mariana en los españoles de su tiempo debilitados, con las riquezas y los vicios adquiridos de otras naciones; tal el que trajo á España hacia fines del siglo pasado al estado lastimoso que pregonan los pactos de familia y los reveses de nuestra campaña contra la república francesa.

No es decir esto que al hombre dotado de cuerpo y alma; deba vedarse el perfeccionamiento de lo material y sensible; pero á la dignidad del ser racional conviene que el alma mande, y el cuerpo se la subordine y sirva: luego las artes que hablan mas á la materia que al espíritu, no merecen una consideración tan grande en la historia de la civilización, ni pueden ser para las naciones un título de gloria tan legítimo como aquellas que contribuyen á perfeccionar en el hombre el sentido moral y á realizar en lo posible el tipo de la belleza es-

piritual á que se dirigen naturalmente sus mas puras aspiraciones.

No negaremos nosotros que el morir á veces las naciones á poco de haber producido sus grandes poetas y artistas sea efecto de una ley providencial, que no habia señalado mas vida á aquel pueblo ó raza, como observa el articulista. Pero es igualmente indudable, y de otro modo desaparecería el libre albedrío humano, que al pronunciar la Providencia la sentencia de muerte contra una nacion ha pesado en la balanza de la eterna justicia sus culpas y sus merecimientos, siendo la caída mas pronta y mas funesta cuanto mayores hayan sido sus faltas; así como en el orden de las cosas naturales y visibles se advierte que un hombre abrevia su vida con los desórdenes y vicios, así como la dilata con la templanza y buen régimen, sin que por eso se niegue que los dias del hombre están escritos; pues la ciencia divina, así en los individuos como en las naciones, ha previsto sus excesos, y sus virtudes al dictar el fallo sobre su suerte. Ni es exacta la comparacion de ciertos árboles que mueren al dar el fruto, sin que el fructificar sea en ellos causa ni signo de corrupcion ó muerte, antes bien de plenitud y cumplido desarrollo, porque ni las naciones, conjunto de seres libres, están sujetas en todo á las leyes orgánicas de la materia, ni menos el dar un pueblo su mas sazonado y apreciable fruto consiste en producir con la perfeccion posible poetas y artistas, sobre todo, de aquellos que censura el Sr. Madrazo.

Es justa é importante la observacion que hace el mencionado crítico, de que en los pueblos modernos de Europa, el desarrollo considerable de artes y letras no anuncia, del modo que en los antiguos, la próxima decadencia de un Estado, porque en las actuales civilizaciones entra el elemento y base mas segura del cristianismo. Pero si en los tiempos modernos se nota ese fenómeno histórico, es porque cabalmente depuradas las artes y las letras por el espiritualismo cristiano de su antigua sensualidad, tal influencia las incapacita mas y mas para ser incentivos del deleite; y no dudamos afirmar que si este llegase á su representacion artistica con todo el refinamiento y perfeccion estética de la antigüedad, habia de tenerse con harta razon como un sintoma de que el pueblo en que esto sucedia, entraba decididamente en una época de corrupcion y decadencia. Si el extravio de las ideas y la perversion de las costumbres eran mas fáciles en la antigüedad, tambien aunque con menos intensidad, pueden declararse y se declaran en los tiempos presentes, y á conjurar ese peligro se dirigen con noble conato los esfuerzos de los pensadores que aman el progreso moral é intelectual del hombre, y desean que la idea cristiana llegue á su cumplida realizacion.

No se deduce de los razonamientos del Sr. Madrazo que la religion cristiana condene toda clase de naturalismo, toda representacion de la hermosura, sino que repruebe justamente el naturalismo pagano y lascivo, la idealizacion artistica de las gracias corporales que el pudor manda ocultar. Para representar la belleza, no es preciso enseñarla desnuda; el pintar tentadoras Venus repugna á una religion que tanto ha sublimado la virginidad y el recato en la mujer. El cristianismo ha hecho en estas artes una revolucion inmensa, como la ha hecho en los mismos sentimientos del hombre, mejorándolos y purificándolos, y ya estos no hallan su expresion artistica por los medios groseros y sensuales conocidos en la antigüedad. Ya no es preciso, antes es perjudicial, y aun inútil, el representar desnuda á la deidad del amor, porque esta para encenderse necesita menos del halago de los sentidos, sino que debe pintársela envuelta en un velo de misterio y castidad que la haga mas estimable.

Tampoco creo haber hallado en este discurso académico, ni un anatema contra la belleza fisica representada, como debe ser, *more christiano*, ni la defensa del

arte, del arte rudo é imperfecto de los siglos medios anteriores al xiii. El Sr. Madrazo reconoce y admira la magestuosa hermosura del Parteenon, del Coliseo y del Capitolio; pregona la excelencia de aquella arquitectura y escultura, llegadas á un grado de perfeccion que nunca volverán acaso á ostentar estas artes; pero manifiesta con harta razon el perjuicio que se podria seguir á la verdadera civilizacion de resucitar el gusto pagano, adonde parece encaminarse el materialismo que en nuestros dias vuelve á estar en boga, y demuestra que este inconveniente seria mayor para España, repugnando al carácter especial de su cultura. Al deprimir el naturalismo voluptuoso, y ensalzar la sequedad sobrenatural y sublime de que se revisten las creaciones de la inteligencia en los tiempos en que mas levantada aparece la humana dignidad, no elogia la sequedad prosaica y anti-artistica de aquellas épocas en que parece haberse perdido el sentimiento estético, sino que todo su conato se ha dirigido á recomendar el arte como lo sentian y ejecutaban nuestros mayores en el siglo xiii: arte severo, sí, pero magnífico, rico en fantasía, elevado en la concepcion, y animado por las grandes ideas y sentimientos que son característicos de la nacion española.

En vano se opondrá por el mencionado crítico que la dignidad humana no estaba muy alta, sino al contrario, muy deprimida, muy estragadas las costumbres, en aquellos tiempos en que los Profetas entre los judíos, y el Dante entre los italianos, resplandecian por esa ponderada sequedad sobrenatural y sublime. Los Profetas y el Dante, en sus respectivas épocas y naciones, representan la idea de la lucha del espíritu contra la materia, y no tomaron en la corrupcion de los pueblos á que pertenecian, aquel acento levantado, grave, conminador, sino que, colocados en una situacion excepcional, combatieron con ardor contra el deleite y los vicios que estragaban las costumbres de sus contemporáneos, y huyendo las formas sensuales, que por cierto disfrutaban gran favor en aquellos siglos, tomaron las severas que habian de contribuir á regenerar aquellas civilizaciones materialistas y pervertidas. En Nínive y Babilonia, cuyo fausto y vicios contaminaron á los hebreos, así como en la Italia del siglo xiii reinaban juntamente con la general corrupcion, el mayor brillo y refinamiento en las artes que son expresion de los goces puramente mundanales; los Profetas y el inmortal autor de la Divina comedia se apartaron hasta en la forma literaria del gusto de las épocas en que vivieron, obedeciendo á una inspiracion mas alta, y así la observacion de dicho articulista no tiene fuerza alguna.

Pero ya es tiempo de concluir este largo artículo. Diremos en resumen, que nosotros hallamos completamente parecido y fiel el retrato de la civilizacion española tan bien pintado por el Sr. Madrazo en su bello discurso. Religion, independencia, monarquía, espiritualismo en las artes: hé aqui los grandes rasgos que, segun este escritor, distinguen la fisonomia del pueblo español, los elementos de su grandeza pasada, y tambien de la futura, si es que alguna le está reservada en el porvenir, como con fé profunda creemos. Aplaudimos que el Sr. Madrazo haya llevado su teoria al terreno práctico de su aplicacion en la edad y circunstancias actuales, refutando valerosamente peligrosas ideas que hoy alcanzan mucha boga. En una época como la presente, en que, segun dice el Sr. Madrazo, las naciones, olvidadas al parecer, de su mision, muestran una aspiracion demasiado ostensible á enriquecerse, gozar, predominar, y por último resultado, al placer, nosotros encontramos altamente digno de elogio y grandemente consolador para la verdadera felicidad humana el sostener, como él sostiene, «que no son los países mas civilizados los que ofrecen mas recursos para comodidades y goces sensuales que inclinan al libertinaje, la impiedad y la tiranía, sino las que mejor saben comprender y cumplir su destino en

«el mundo, que no es otro que contribuir con sus especiales medios a establecer y consolidar en la humana familia el reino de la eterna Verdad y de la eterna Justicia.» Lo contrario, sería renunciar á la civilización del cristianismo, porque con la ley del deleite y el orgullo, mal se aviene el precepto de la mutua abnegación y del propio sacrificio; porque con el egoísmo, mal se concierta la caridad; porque con la esclavitud del interés y de los placeres, mal se avienen la dignidad y libre albedrío del hombre; porque con los goces terrenales, mal se armonizan los inmortales destinos del cielo, y en fin, porque la libertad santa proclamada por el Evangelio está reñida con esa falsa libertad que predicán con la guillotina, los cañones y el esterminio los Robespierre y los Garibaldi.

No nos hacemos ilusiones con respecto á las tendencias del siglo actual; no somos de los que se dejan deslumbrar por su brillo y se alucinan con sus promesas y halagan su orgullo, sino que repetiremos, para concluir, los versos siguientes que le ha dirigido el mas grande de nuestros poetas modernos: (1)

«Mientras no deje el labrador sus bueyes
En el campo sin guarda; mientras, hijas
De la fraternidad, con pocas leyes
Tu virtuosa sociedad no rijas;
Mientras no duerman sin guardian tus reyes,
Y con fé tus apóstoles no elijas,
Tu libertad en feto aun no respira,
Tu civilización es aun mentira.»

FRANCISCO JAVIER SIMONET.

EL GOBIERNO ESPAÑOL

Y EL TRAFICO NEGRERO.

En estos momentos, en que las intempestivas palabras pronunciadas hace pocos dias por lord Palmerston en las Cámaras inglesas, han producido tanta sensación entre los españoles, creemos oportuno apuntar alguna breve consideración sobre este malhadado tráfico negrero, que tan inquietados trae á los *benéficos, caritativos y humanitarios* ingleses. (2)

Creería soñar Bartolomé de las Casas, si despues de haber proporcionado con su predicación tantos beneficios á la patria de Wellington, hubiese oído de aquel ministro inglés la grave alusión hecha al gobierno de España; pero sin ocuparnos de aquellos tiempos y olvidando los motivos que dieron lugar á la primitiva inmigración negrera, que tantos disgustos ha venido produciendo en los tiempos sucesivos, veamos en cuatro palabras la constante conducta de España en este particular, para ver si podemos calmar algun tanto ciertas preocupaciones inglesas.

No hay duda alguna que el tráfico negrero, este ignominioso comercio de carne humana, baldon de la humanidad, que pueda consentirlo, y oprobio de todo poder que intentara tolerarlo, se halla condenado, así por la moral como por la filosofía, la economía política y demas ciencias sociales que dicen relacion con el desarrollo progresivo de los elementos de riqueza interior y exterior. Así lo ha comprendido tambien la civilización entera por medio de los Congresos científicos y hasta políticos, como el de Viena que lo declaró inmoral y anti-cristiano. En este punto, pues, como en los demas en que se roce la moralidad, la filantropía y la nobleza de sentimientos, no cedemos, no podemos ceder á los ingleses, ni á ninguna otra nacionalidad que pretenda abundar en ellos; si bien comprendemos cuánta ventaja nos llevan otros países en su carácter de relativa absorción ó de *egoista expansion* que les hace ser mas atrevidos y osados por la importancia de los elementos que han hecho contribuir para lograrlo; pero no envidiamos tampoco ninguno de esos extremos que solo pueden conducir mas ó menos tarde á funestos resultados, porque son forzosas, falsas, y de consiguiente estériles, las simpatías que lograron alcanzar para producirlos. Pero concretémonos á nuestro propósito.

Si tratáramos de averiguar quién reportó siempre mas utilidad de la inmigración negrera, seguramente que no encontraríamos en último lugar á la *filantropía y humanitaria* Inglaterra, que desde un principio se procuraba la conducción de aquellos individuos á sus colonias, en donde la esclavitud ha durado hasta el presente siglo. Como nada nos importan los privilegios concedidos por Carlos V y Felipe V á ciertas compañías (1) para verificar la trata de negros, ni que infinitos particulares se dedicaran fraudulentamente á este comercio, al cual no tuvo reparo en tomar parte la Europa entera, solo recordaremos que la Inglaterra no debia quedar desairada en tan interesante y *filantrópico* negocio, así es que en 1713 se procuró una concesión particular, á fin de que por treinta años, cuando menos, pudiese libremente ejercer el tráfico negrero que ya anteriormente se habia concedido á portugueses y franceses, y especialmente introducir negros en nuestras colonias, mediante ciertos derechos por cabeza.

Lo que sí importa, es fijar con cuánta satisfacción y avidez ha tomado parte la España siempre en cuantos convenios se han intentado celebrar ó celebrado para restringir lo posible, sino esterminar completamente este escandaloso comercio, ya que tanto lo dificulta el constante principio fijado por el móvil humano, la ambición, de que «á mayor ganancia, mayor peligro,» «á menor lucro, mayor seguridad;» así es que, dejando ahora los tratados relativos á esta cuestión celebrados entre España y Holanda (1791) y con otras naciones, recordaremos con especialidad el de 1817 celebrado por nosotros con la Inglaterra para cesar por nuestra parte en el comercio de negros. Sin embargo, como ya hemos apuntado que siempre aquella nación se ha procurado convenios que, sin perjudicarla directamente, tendiesen á restringir lo posible bajo el nombre de *filantropía y humanidad*, cuanto pudiese proporcionar elementos de riqueza y desarrollo en las demas que habian tomado la iniciativa, obteniendo aquella promesa de España, estaba segura de su cumplimiento, y por lo tanto, no tuvo reparo alguno en dedicarse al aprovechamiento de este inmoral negocio que miraba por lu-

(1) Zorrilla.

(2) Suprimimos por elipsis los demas adjetivos que tanto les honran: mas tarde ya los enumerarán los italianos.

(1) El primero á una portuguesa, el segundo á otra francesa.

crativo bajo todos aspectos, participando de las ventajas que podía proporcionar á los particulares como artículo de comercio, y al Estado como un impuesto mas, y sobre todo, como aumento de brazos que utilizarían sus industrias. Natural era que en vista de esto procurase la España la celebracion de un nuevo convenio en que, ratificando sus compromisos de 1817, obligase á la Inglaterra á cesar su comercio y pretensiones de su ejercicio: en efecto, se celebró en 1820, en el cual, para dar cabida á dichos deseos, despues de ratificarse la anterior prohibicion del tráfico, se estipuló la reciproca facultad con Inglaterra de poderse visitar mutuamente los buques de ambas naciones, siempre que por parte de cualquiera de ellos hubiese sospecha de realizarse aquel, la cual, si resultaba ser real y efectiva, era causa justa y legal para declarar buena presa la del buque negrero. De este modo, se imponían trabas ambas naciones para impedir la tolerancia de este comercio, de este modo, trataron de reprimirle, por medios que consideraban suficientes á impedirlo; de este modo, en fin, creían quizás poderle extinguir completamente; pero ¿lo consiguieron? de ninguna manera, aun cuando repetimos, siempre lograron reprimir la osadía del marino, que aguijoneado por tan asombrosa ganancia, no dejó de probar si salía bien el negocio.

Por fin, para satisfacer las pretensiones de ambas partes, tan apetecidas siempre y nunca realizadas, y acreditar otra vez mas, cuán dispuesta se hallaba España á reprimir el malhadado comercio, se renovaron en el año 35 las estipulaciones convenidas en el tratado anterior, obligándose á publicar una ley especial para aquel objeto, en la cual se impondrían severas penas á los buques negreros, ley que apareció en el año 45, ley que rige actualmente para reprimir la ambicion de los que vean en el tráfico un lucro pingüe y seguro.

Ahora bien, ¿ha dejado de cumplir jamás España lo prometido en cuantos tratados y convenios ha celebrado al objeto que nos ocupa? Creemos que no: al contrario, repetimos que nunca ha dejado de aprovechar la mas insignificante ocasion para reprimir este ignominioso comercio; y lejos de nosotros cualquiera pretension de acudir á nuestra defensa en esta cuestion, porque esto supondría la existencia de una culpa mas ó menos grave, cuando solo si procuramos demostrar cuán inoportunos son muchas veces los ingleses en sus graves alusiones, que, segun nos enseña la historia, han ocasionado mas de una vez serias contestaciones y graves conflictos.

Pero si tratamos de averiguar la conducta de nuestros gobiernos en este punto, se hallará satisfactoriamente esplicada en el religioso cumplimiento de los tratados mencionados, y descendiendo desde luego al de la actualidad, veremos que ha sido y está siendo, aun mas que los anteriores, el que por sí solo se opone abiertamente y castiga con todo rigor á los que alcanzan en el ejercicio del tráfico negrero. En efecto, una rápida ojeada á la estadística criminal, nos enseñará que no se halla desprovista de penados por tales faltas, y atendiendo á los hechos que se suceden diariamente, encontraremos asimismo, que no deja de ser bastante considerable el número de los atrevidos in-

gleses que se dedican tambien á él. La falta no es imputable, pues, á una sola, sino á ambas partes, de las cuales bien poco se enriquecerá seguramente la Inglaterra de los buques españoles dedicados al tráfico negrero, cuando por nuestra parte, no la permutáramos los apresamientos que hemos verificado de los que á ella pertenecen.

Es cierto que algunos particulares que veían en la propiedad de sus buques de vela un capital que podía reeditar un crecido interés, se han visto desengañados por la acumulacion que se procuran las grandes compañías mercantiles, que con sus grandes empresas con buques de vapor proporcionan á la generalidad muchos mejores resultados: es cierto que aquellos propietarios para sacar de su propiedad algun lucro despues de absorbidos por aquellas compañías los grandes y pequeños negocios, se han abandonado al ejercicio del comercio de cabotaje, en donde tambien han visto defraudadas sus esperanzas por el inmenso número de impuestos que les exige nuestro gobierno; (1) y por fin, es muy cierto que como consecuencia de tales hechos, no ven algunos desgraciados particulares mas remedio que abandonar completamente sus buques al comercio de negros para perder su propiedad, que ya en nada estiman, ó adquirir de una vez su valor con los intereses mas ó menos crecidos que hubiera podido reeditarles desde el día de su adquisicion. Repetimos que todo esto es muy cierto, y hasta que el mismo resultado obtienen tambien por otras ó semejantes razones algunos propietarios de buques de la Gran Bretaña, y aun quizás estimulados por una mayor dosis de ambicion. Pero ¿diremos por esto que deje el gobierno español de perseguir y castigar debidamente á cuantos alcanza en este inmoral tráfico? ¿Diremos que dejen de cumplirse los tratados mencionados, y especialmente la ley del 45? Seguramente que no, pues ademas de las pruebas que antes hemos citado, el valor mismo de los esclavos en la Isla de Cuba, nos ayuda á demostrarlo claramente, porque, como notó muy bien el marqués de la Habana en la Cámara de senadores, antes del establecimiento de estas trabas, antes de la vigorosa persecucion que están sufriendo los buques negreros, el valor medio de un esclavo era de 50 pesos, cuando ahora es de 1,500 á 2,000, lo cual prueba evidentemente la escasez de ellos, y por consecuencia, el notabilísimo decrecimiento en el ejercicio de este comercio.

Vemos, pues, cuán infundadas, inoportunas é intempestivas han sido las palabras del ministro inglés, atendidos los constantes esfuerzos del gobierno español en la persecucion de los traficantes de carne humana: por fortuna, no somos, ni solos, ni los primeros en calificarlas así, porque los principales y mas importantes periódicos europeos nos han precedido haciéndonos justicia. Si es culpable el gobierno español, si puede ser atacada su política en este punto, si el gobierno del

(1) Recordaremos entre otros el anti-protector, el injusto impuesto que en algun puerto notable de España satisfacen los buques para la reparacion y conservacion de carreteras. Suponemos que no será por las que ellos estropeen.

general O'Donnell no satisface, como todos desearíamos, mas cumplidamente las exigencias de la civilización y los ardientes deseos de todo buen español, no es ciertamente en la esfera donde ha colocado sus ataques y pretensiones, sino en otra mas limitada á que no tiene derecho alguno ni lord Palmerston, ni nadie que no sea español, á mezclarse: hablamos de defectos interiores secundarios, esto es, de la necesidad de una mejor reglamentación á la marina mercante, de una protección mas leal, decidida y vigorosa á la misma, para lograr mas rápidamente el desarrollo y progreso de una industria capital, fuente de la riqueza de todas las naciones.

Por fin, no concluiremos estos ligerísimos apuntes, estas cuatro palabras, sin espresar el profundo sentimiento que nos causaria el que llegasen á producir el menor debate las palabras de aquel ministro en las próximas sesiones del Senado, en que va á tratarse del modo cómo piensa el gobierno activar mas la persecución que sufren los buques negreros, porque lejos de probar la manera digna y escrupulosa con que siempre ha procedido España en este asunto, solo se conseguiria dar mas ó menos crédito al espíritu de aquellas palabras, concederlas una importancia muy ajena al desprecio que merecen, y sobre todo, desconocer el carácter especial de los *filantrópicos* ingleses y especialísimo del ministro de que nos hemos ocupado, el cual nos ha convencido una vez mas de la frecuencia con que suele incurrir en ciertas imprudencias, hijas de su anglicanismo, y sobre todo, ya que no hemos de ignorar la altura á que ha sabido colocarse este hombre de Estado en la política del siglo XIX, de la verdad que encierran aquellas profundas palabras de Federico el Grande: «*Los grandes hombres, no son grandes á todas horas, ni en todas las cosas.*»

ISIDORO DOMENECH.

LA PINTURA EN ESPAÑA

DURANTE EL REINADO DE FELIPE IV.

V.

No era Murillo como Velazquez el pintor de los reyes, ni su pincel estaba empleado exclusivamente en cuadros que debían servir para adornar palacios, y para satisfacer la ambición artística de un rey que le colmaba de beneficios. Murillo habia nacido pobre y sus padres habian hecho un sacrificio inmenso al enviarle como discípulo á las escuelas de Sevilla, que debían enseñarle la pintura y dirigir sus primeros pasos en el camino del arte. La pintura de cuadros fué desde sus primeros años el único recurso con que debía atender á sus necesidades y á las de su hermana, que habia quedado huérfana con él; vivió de esta manera siempre, con los productos de los encargos que recibía de los conventos, de las iglesias y de los particulares. No tienen sus pinturas por lo tanto, ni el carácter elevado de los asuntos propios de un artista que vivía en el real alcázar y era favorito del rey, ni se descubre en ellas esa prolidad y perfección de detalles á que podía dedicarse solo el que no tenía tiempo limitado y vivía con salarios fijos, libre de los tormentos del que ha de buscar con su trabajo los recursos de la vida. Murillo debió su fortuna á las iglesias, como Velazquez la debía á

los reyes, la mayor parte de sus obras son asuntos religiosos que pasaban de su estudio á los altares y á los claustros. A la vez que Velazquez fué una de las glorias de la época de Felipe IV, y lo mismo que el artista castellano consiguió en sus producciones reasumir toda la gloria de la escuela andaluza que representa verdaderamente con todo su esplendor. El poco tiempo que residió en Madrid llamó la atención del rey, y sobre todo de Velazquez, que apreciando justamente su talento, y compadecido de su pobreza, le recibió en su propia casa y le introdujo en la corte, y el rey, que conocía también el mérito de sus obras y comprendía sus disposiciones, le abrió las puertas del alcázar de Madrid y de los palacios del Escorial y del Pardo. Mucho debió Murillo al estudio que bajo la inspiración de los modelos reunidos en aquellos palacios, pudo hacer detenidamente de los principales artistas italianos y flamencos que eran la guía clásica de todos los artistas que empezaban.

Pero Murillo aprendía entonces principalmente de Velazquez, viviendo en su propia casa podía estudiar al gran artista castellano, no solo en la composición del cuadro terminado ya y completo, sino que podía apreciar todas las fases de la composición siguiendo su pincel desde el bosquejo hasta la terminación del colorido. La imitación de la naturaleza habia sido también el principal estudio que Murillo habia hecho en las escuelas de Sevilla; partiendo de un mismo principio, Murillo hubiera sido otro Velazquez, si las circunstancias diversas de su vida no le hubieran también conducido por caminos diversos. Las atenciones de su casa, los cuidados de la familia, y sobre todo el amor que tenía Murillo á su ciudad y á su país le hicieron pronto dejar á la corte, donde sin duda alguna hubiera hecho fortuna, si su posición y su carácter le hubiesen permitido esperar mas. No perdió por esto en fama, ni la gloria que debía alcanzar en el mundo como artista fué menos brillante y duradera. El talento raras veces deja de obtener su premio. Velazquez lo obtuvo en la corte y en los palacios; Murillo lo empleó para su propio país, adornando las iglesias y los altares con las preciosas creaciones de su genio.

Las primeras obras en que se ocupó despues de su llegada á Sevilla, fueron los cuadros que le habian encargado los padres del convento de San Francisco de Sevilla. Estas composiciones representando las imágenes de San Francisco fundador de la orden, y de otros tantos célebres de la misma orden, fueron como el célebre retrato ecuestre de Felipe IV, las que abrieron las puertas de la fortuna y de la gloria á Murillo. El convento se hizo desde entonces famoso por toda España, los artistas y los criticos de Sevilla admiraban los cuadros de Murillo, sorprendidos con la aparición del nuevo lucero que contemplaban como por encanto, ignorado hasta entonces de todos Murillo fué colocado desde entonces al frente y fué considerado como el primero de los artistas de Sevilla, su nombre se hizo popular y su gloria eclipsó la gloria de todos los demás artistas. El pueblo acudía presuroso al convento á venerar aquellos cuadros que parecían como bajados del cielo. No hubo convento, no hubo iglesia que no llamase á Murillo, los nobles de Sevilla le buscaban para sus oratorios y sus iglesias. Entonces fue cuando pintó el célebre cuadro de la *Huida á Egipto* que vino á completar su fama, y llevó hasta el colmo la admiración y el entusiasmo.

Su posición varió también mientras empezaba á disfrutar la gloria que no le abandonó en el camino de la vida. Su enlace con doña Beatriz de Cabrera y Sotamayor, aumentó su bienestar y le unió al mismo tiempo en relaciones de amistad y parentesco con la mejor sociedad de Sevilla. Su casa como la de Velazquez en Madrid, fué en Sevilla el sitio donde se reunían todos los artistas, enseñaba y guiaba á los que necesitaban



de su auxilio, y respetaba á los que le habían precedido justamente en la gloria del arte. Su estilo tomaba tambien entonces otro carácter diferente como si quisiera marcar hasta con sns obras la nueva época de su vida. Las líneas y las figuras parecían hechas con tanta suavidad, como si no hubiere pasado por ellas la mano del artista, los fondos representaban una atmósfera vaporosa, el colorido sobre todo, aparecía con esa viveza y transparencia á la vez, que es sin duda lo que mas ha distinguido el estilo de Murillo. Por el feliz efecto de este colorido, á la presencia de una Virgen ó de un ángel de Murillo, es imposible contener el corazon, los sentimientos de ternura y de amor puro se dilatan, el espíritu se deleita en la contemplacion del cuadro, y no se puede juzgar, solo se siente. No hay belleza igual á la de estos cuadros de Murillo, hasta el mismo nombre de Murillo no se puede pronunciar por el que está acosumbrado á ver sus cuadros y conoce sus obras, sin que el corazon sienta los mismos efectos que á la presencia del cuadro que admira.

El nacimiento de la Virgen que pintó para la sala capitular de la catedral de Sevilla, los famosos cuadros de «San Leandro» y «San Isidoro» que se hallan en la sacristía de la misma catedral, y su célebre «San Antonio de Pádua, joya preciosa aun de aquella iglesia, fueron los primeros cuadros en que apareció ese nuevo estilo de colorido, sin igual en el mundo (1). En la iglesia de Santa María la Blanca pudo pintar los cuadros que representan «la leyenda de la fiesta de Nuestra Señora de las Nieves» los cuales se hallan actualmente en la Academia de San Fernando de Madrid. (2) «La Virgen de la Concepcion» y la figura representando «La Fé» con los elementos de la Eucaristía, junto con la «Virgen de los Dolores y su San Juan,» adornaban tambien aquella pequeña iglesia de Sevilla, la cual solo conserva ahora del gran artista, un cuadro de «La Cena,» que pertenece sin duda á los primeros años de Murillo. En la sala capitular de la catedral dejó otras muchas pinturas de santos, y sobre todo una Virgen preciosa como todas las de Murillo, rodeada de ángeles con palmas y flores.» «El Niño Jesus y San Juan, y el descanso de la Virgen,» han desaparecido desde la invasion francesa de aquella iglesia tan rica en cuadros de Murillo.

La restauracion del hospital de Caridad, ofreció sin duda á Murillo la ocasion de pintar sus mejores obras. «Moisés, haciendo brotar agua de la roca,» «El regreso del hijo pródigo,» «Abraham, recibiendo los tres ángeles» y «La caridad de San Juan de Dios,» «El milagro de los panes y de los peces,» «Nuestro Señor, curando al paralítico en el pozo de Bethesda,» «San Pedro, librado de la prision por un ángel» y «Santa Isabel de Hungría, asistiendo á los enfermos,» fueron cuadros de una composicion difil y complicada, ejecutada con

toda la variedad y belleza del estilo de Murillo. Algunos de ellos, como «El Moisés» y «El milagro de los panes y de los peces» se conservan aun en Sevilla; el cuadro de «La caridad de San Juan de Dios» está en el hospital, y «Santa Isabel de Hungría» en la Academia de San Fernando de Madrid. Los restantes fueron presa de los invasores de la guerra de la Independencia, y han pasado á poder de extranjeros que pagaron en París precios fabulosos. Estas pinturas son las que verdaderamente han ocupado mas la atencion de los críticos que han estudiado las obras de Murillo, considerándolas como las mejores producciones de su pincel; entre ellas sin embargo «El Moisés» llama principalmente la atencion de los mas inteligentes. Moisés, con los ojos elevados al cielo, da gracias al Altísimo por la fuente de agua que acababa de hacer brotar de la roca, solo con su misteriosa vara. Aaron, situado detras de su hermano, tiene una expresion de gratitud y sorpresa á la vez. Entre ellos se distinguen en grupos una infinidad de figuras, aplacando su sed, el agua saltando de la roca, forma como un rio, á cuyas orillas se divisan grupos de hombres, mujeres y niños, aqui se distingue la cabeza del camello, mas allá los perros y los rebaños, todo contribuye á dar variedad y á hacer mas bella la composicion; á lo lejos se distinguen otros grupos que se dirigen hácia el manantial, y una montaña forma el fondo del cuadro. Esta composicion es verdaderamente admirable, y no es pasible concebir una idea mas difícil, ni es posible tampoco ser mas feliz en la ejecución (1).

En el convento de capuchinos dejó tambien Murillo preciosas producciones de su pincel; entre ellas «La caridad de Santo Tomás de Villanueva y el Angel de la Guarda. El Angel, señalando con una mano al cielo, conduce de la otra á un niño por el sendero de la vida. ¡Precioso emblema de la proteccion que Dios concede á cada hombre durante la peregrinacion por el mundo. El ángel y el niño tienen la dulzura de esas figuras del gran artista que son verdaderamente como hijas del cielo y llenan de ternura al corazon del que las contempla. Este bellissimo cuadro se halla en la catedral de Sevilla; pero existen muchas copias en diferentes museos, y en las galerías de algunos particulares (2). «Santo Tomás de Villanueva» era la obra querida de Murillo, que la consideraba superior á todos sus cuadros, y llamaba al cuadro, «Mi lienzo (3).»

Cean Bermudez habla con especial detenimiento de unos cuadros que se hallaban en el hospital de los Venerables, representando «la Virgen de la Concepcion,» que por la belleza del colorido prefiere á todas las demas virgenes de Murillo, «San Pedro llorando su pecado» y «una Virgen rodeada de nubes con el Divino Niño en sus brazos.» Estos cuadros no existen tampoco en España, y formaron probablemente parte del botín del mariscal Soult. El convento de padres Agustinos habia adquirido tambien dos preciosos cuadros sobre hechos de la vida del glorioso San Agustin, representando uno á la Virgen y al Niño Jesus en el momento de aparecerse al Santo obispo, y el otro á San Agustin solo escribiendo.

(1) Es muy sensible que este cuadro haya sido retocado por un artista que no era sin duda discípulo de Murillo. Aunque el dibujo y el colorido demuestran aun el genio de Murillo en este cuadro, ha perdido toda la delicadeza y suavidad de las líneas, gracias á la manía de la reparacion. Ha sido tan celebrado este cuadro que M. Viardot, *Musees d'Espagne*, pág. 146, cuenta, que segun la habia asegurado, un viejo canónigo de la catedral, el duque de Wellington habia ofrecido en el año de 1813 comprar este cuadro para la Inglaterra, cubriéndolo de onzas de oro. De este cuadro se cuenta haberse visto algunas veces «pájaros trabajando para asentarse en él, á picar las flores que salen de una jarra, en forma de azucenas» refiriéndose á las flores pintadas en aquel cuadro que representan salir de un jarro colocado en una mesa, delante de la cual está arrodillado San Antonio de Pádua.

(2) Estos cuadros son los conocidos por los dos medios puntos á causa del marco de la forma semicircular del lienzo á propósito para el sitio que ocupaban en Santa María la Blanca.

(1) Algunos han preferido de Santa Isabel, difícil es en verdad hallar diferencias notables entre dos cuadros tan preciosos; pero comprendiendo el mérito sin igual de Santa Isabel y de las seis figuras que le rodean, no podemos menos de reconocer en el cuadro de las aguas una mayor dificultad que Murillo supo dominar de un modo admirable á pesar de la complicacion del cuadro.

(2) M. Willian Stirling en sus *Anales de los artistas españoles*, ha presentado un precioso grabado de este cuadro. Los Sres. D. Maldonado y Macanar, y D. Enrique Vallés han adquirido tambien copias de este mismo grabado, que debe acompañar con otros varios á la traduccion de aquella preciosa obra.

(3) Palomino, tomo II, part. 2.^a pág. 624.

Aunque Murillo dedicó toda su vida y todo su talento a la pintura de cuadro religiosos, dejó también brillantes muestras de su habilidad como retratista, que recuerdan el talento especial de Velazquez, de cuyas lecciones aprovechó con preciosos resultados el pintor sevillano. Dejó retratos de Herrera, de Játavan y de su buen amigo D. Justino Neve. El arzobispo Pedro de Urbina, el caritativo D. Miguel Mañara y D. Andrés Andrade fueron retratados por el ilustre artista. Un retrato que se cree ser el de la madre de Murillo y otro que se cree de doña Ana de Salcedo, han ido a parar también a las galerías que principalmente se formaron en Londres con las almonedas que el mariscal Soult hacía en su propia casa de los cuadros que había reunido como botín de guerra en la Península. En los estudios de tipos también dió muestras Murillo de una habilidad comparable tan solo a la de Velazquez, el de la vieja hilando (1), y el de la gitana, (2) figura rara y extraña, pero natural en esa raza vagabunda que tiene su principal residencia en Sevilla. Las *gallegas*, conocidas actualmente en España por un grabado ejecutado por un tal Ballester, son el verdadero tipo de las mujeres que en Sevilla pasaban el día en las ventanas, dispuestas siempre a recibir las visitas de caballeros enamorados.

La mitología y la alegoría filosófica no se halla tratada en ninguna de las producciones de Murillo; pero en los paisajes halló también facilidad y demostró un especial gusto. El autor de los Anales de los artistas españoles, M. William Skirling, cita como muestras notables de Murillo en el paisaje dos cuadros de «Jacob recibiendo la bendición de Isaac» y «El sueño de Jacob» que se halla en San Petersburgo, y además otro cuadro del «Sueño de Jacob», «Jacob y el ángel» y «su servidumbre en casa de Laban», que poseía en su colección el marqués de Aguado. En el Real Museo solo existe un cuadro que represente un gran lago, el cual, aunque de un dibujo fácil y agradable, carece de vida, y no como de Velazquez, podría decir sir David Wilki, que copiaba el mismo sol que nos alumbraba, el suelo que pisamos y el aire que respiramos. Sin embargo, en algunos cuadros como el de Moisés, en que tanta parte representa el paisaje, no es inferior la habilidad de Murillo a la de los paisistas principales, aunque no puede compararse el paisaje creado y arreglado a la idea general de una composición artística con el paisaje que copia escenas dadas de la naturaleza, campiñas ó jardines reales y existentes, que ha visitado y admirado el mismo pintor.

De entre los artistas españoles, Murillo es el más conocido y apreciado fuera de España. Sus obras, diseminadas en los conventos, pudieron fácilmente pasar a poder de los generales franceses, que no perdonaron medio para apoderarse de los cuadros que trasportaban y enviaban a Francia. No les era tan fácil apoderarse de los cuadros reunidos en los palacios, y aunque de estos pasaron también la mayor parte a Francia, fué preciso después que volvieran a España, como propiedad de los reyes. La mayor parte de los cuadros de Murillo se quedaron en Francia y no volvieron a pasar los Pirineos. Vendidos después en subastas, se realizaron ganancias considerables, y el mariscal Soult obtuvo por algunos cuadros de Murillo más precio que el que había cobrado el artista por el trabajo de toda su vida. Así se diseminaron por todas las naciones de Europa, y no hay Museo que no tenga en su catálogo algunas de las producciones de Murillo. Han quedado, sin embargo, en España, preciosos recuerdos del artista, y los cuadros que no se hallan en las iglesias, para las cuales fueron pintados, ó en la catedral de Sevilla se han reunido, en el Museo de aquella ciudad. Otros

han pasado a la Academia de San Fernando de Madrid y otros al Museo Nacional, si Museo puede llamarse la Colección desordenada de cuadros que se han reunido en el ministerio de Fomento.

El Real Museo de Madrid posee, a pesar de la dispersión general de los cuadros de Murillo preciosas muestras de su privilegiado pincel. «La Virgen de la Purísima Concepción», que era el asunto que trataba Murillo con más frecuencia y más gusto, se halla repetida en varios cuadros de dicho Museo. Algunas cabezas de santos ó Virgenes, y de personas desconocidas, son el objeto de otros de los cuadros de aquel Museo.

«La Virgen con el niño en sus brazos», y un cuadro de la Sagrada Familia, conocido por el nombre del «Pajarito» por el pájaro que el niño Jesús tiene en sus manos jugando con un perro, son justamente reputados por los mejores de su clase de Murillo. Los estudios de niños, en los que sobresale principalmente su estilo especial, están representados en el Museo por los cuadros del «Niño Jesús, Divino Pastor» y «San Juan Bautista niño.» «El niño Dios dormido sobre la cruz» y el cuadro del «Niño Jesús y San Juan», que los concurrentes al Museo llaman el cuadro de las Conchas, son producciones llenas de gracia y celestial dulzura. Skirling en su obra cita como preciosos ejemplos de estos estudios «Un San Juan» y «Jesús Divino Pastor» en el Museo nacional de Londres que son considerados como preciosas joyas de aquella galería.

«Santa Magdalena, penitente», «San Gerónimo en el desierto», «La conversión de San Pablo apóstol», el «Martirio del apóstol San Andrés», son cuadros religiosos, algunos de ellos repetidos en el Real Museo, que a la representación religiosa reúnen la expresión histórica de un suceso determinado. Estos mismos cuadros dan a conocer su estilo de paisaje, lo mismo que la colección de los cuadros del hijo pródigo; pero como hemos indicado anteriormente no es el paisaje solo y representando sitios reales y verdaderos el que cultivó Murillo. En él siempre el paisaje es una creación artística, que le sirve como auxiliar del asunto que ha querido representar como principal objeto del cuadro.

«Santa Ana enseñando a leer a la Virgen», repetido en dos cuadros del Real Museo, es un asunto lleno de interés, y que Murillo ejecutó con todos los atractivos de su bello estilo. «La aparición de la Virgen a San Bernardo» y «La presentación por la misma Virgen de la casulla a San Ildefonso», son los lienzos más notables que existen de Murillo en el Real Museo. El primero representa las santas leyendas de la «Aparición de la Reina de los cielos a San Bernardo» en premio de su admirable devoción a la Virgen, que en aquella santa noche comunicó al santo las dotes de la persuasiva elocuencia con que predicó siempre sin rival y sin que nadie pudiera resistir a sus argumentos. «La Leyenda de San Ildefonso» conocida es por todos, y estos dos cuadros, de difícil ejecución, presentan reunidos a la vez todo lo mejor del pincel del artista. La Virgen, el coro de ángeles y querubines que la rodean, los santos llenos de unción religiosa, sorprendidos por tan singular favor, las nubes y la gloria que rodea a todas aquellas figuras, son verdaderamente la armonía y la gloria del cielo representadas en un cuadro.

Eliezer llegando a la casa de Rebeca, los camellos bebiendo en el pozo, la bella judía recibiendo al peregrino enviado por el patriarca Abraham, en busca de aquella misma Rebeca que era la primera en aparecerle, es un bellissimo cuadro, el único que existe en el Real Museo, sobre asuntos del Viejo Testamento. Sensible es que el Museo que ha llegado a reunir tan preciosa colección de cuadros del artista sevillano, no tenga ningún retrato, ningún objeto de escenas de la vida, que con tanta verdad sabía representar Murillo, y que en algunos Museos donde no son conocidas todas sus obras, son por sí solas bastantes para la fama que

(1) Real Museo de Museo de Madrid.—Catálogo número 324

(2) Catálogo del Real Museo núm. 288.

ha adquirido este artista por toda Europa. Pero la fecundidad de Murillo fué admirable, España conserva aun muchas de sus mejores obras, y aunque no se olvida el sentimiento de ver diseminados por todos los Museos de Europa, cuadros que pertenecen á nuestras iglesias y nuestros conventos, en cambio esta misma circunstancia ha hecho pública la gloria artística de nuestra patria, que los extranjeros admiran principalmente por las obras de Murillo.

VI.

Antes que Murillo hubiese alcanzado su nombre y fama, habian salido ya de la escuela de Sevilla otros artistas distinguidos, que en su propio país y mas tarde en la corte, habian adquirido una reputacion excelente. Pacheco, Roelas, Herrera y Miguel del Castillo, habian sido sus maestros, como tambien lo habian sido de Velazquez y lo fueron despues de Murillo. Educados todos en el arte por los mismos principios y en los mismos estudios, rivalizaban unos con otros, y solo un talento especial pudo elevar á Velazquez y á Murillo sobre todos los demás. No ha habido verdaderamente en la historia del arte un ejemplo tan admirable, como el que ofrecian las escuelas de aquellos artistas sevillanos, que reunian en sus estudios tan pocos elementos para enseñar el arte, y sin embargo, allí se formaban los grandes pintores de la época de Felipe IV, de allí salian ya con una reputacion artistica, y desde las escuelas pasaban á ser los pintores de los reyes, los verdaderos sostenedores del gusto y de la belleza artistica de aquella gloriosa época.

Francisco de Zurbaran fué uno de los discípulos de mas talento de aquella escuela. Fiel imitador de la naturaleza, sus cuadros eran como los de Velazquez, la espresion verdadera del objeto que se proponia representar, y como Murillo mas tarde supo hallar la combinacion del colorido con las sombras el mérito de un estilo que los artistas comparaban con el de Caravaggio. No tenia la fecundidad asombrosa de aquellos artistas, ni su talento se extendia con igual fortuna por todos los ramos de la pintura; pero las obras que ha dejado, explican el mérito con que eran recibidas por sus contemporáneos, y el aprecio especial que de ellos hacia el rey y el mismo Velazquez. Habíase dedicado especialmente á pintar para las iglesias, y empleado casi siempre en los conventos, llegó á ser el verdadero pintor de los frailes. Acostumbrado con las escenas de la vida monástica que veia repetirse en los conventos en que sucesivamente se le llamaba, pudo familiarizarse y estudiar los diversos tipos de las órdenes religiosas que representaba en sus cuadros, con la misma fidelidad y exactitud que Velazquez cuando copiaba los tipos de los cortesanos y de los pretendientes que veia cruzar todos los dias por las galerias del alcázar, ó por los jardines de los palacios.

La catedral de Sevilla posee una série de cuadros que Zurbaran habia pintado, sobre la vida de San Pedro, por encargo del marqués de Malagon. En el monasterio de padres Gerónimos de Guadalupe, dejó tambien una coleccion de cuadros sobre la vida del fundador de la orden, y en la Cartuja de Sevilla pintó los tres celebrados cuadros de «San Bruno, hablando con el Papa Urbano II» «San Hugo, presentándose en un refectorio, mientras los monjes estaban comiendo» y «La Virgen cubriendo con su manto á varios santos de la orden» El cuadro de San Hugo es una verdadera obra de arte, el refectorio, los monjes sentados á la mesa, cubiertos con las cogullas, San Hugo revestido de púrpura, es la representacion de una parte de la vida monástica en la que el mismo Zurbaran tomaba parte con frecuencia. La cartuja de Jerez de la Frontera ocupó tambien en una coleccion de cuadros á Zurbaran, el convento de la Merced de Sevilla, los padres capuchinos, los trinitarios y las iglesias de San Roman, de San

Esteban y San Buenaventura, llamaron sucesivamente al pintor que pintaba para sus altares y sus galerias cuadros de leyendas y vidas de santos.

Pocas de las obras de Zurbara han permanecido en el sitio en que las habia dejado el pintor. Algunas de ellas han pasado tambien al extranjero y salieron de España con las de Murillo y de todos los artistas de Sevilla. El Louvre solo, segun se espresa en su catálogo, confiesa tener nada menos que noventa y dos cuadros de Zurbaran. En cambio han quedado algunos cuadros en el Museo de Sevilla que son sin duda los mejores. Los lienzos de San Bruno, San Hugo y la Virgen amparando á varios santos con su manto, se hallan dignamente conservados en aquel Museo, y entre ellos se halla tambien por fortuna su célebre Santo Tomás de Aquino, que con justicia ha sido considerado como la mejor obra de Zurbaran y seria por sí sola bastante para la gloria del artista y de la escuela de Sevilla. Este lienzo, dividido en tres grandes partes, representa en la superior á la Santísima Trinidad, á la Virgen, San Pablo, Santo Domingo y el angélico doctor Santo Tomás de Aquino ascendiendo á los cielos; mas abajo véanse sentados en tronos rodeados de nubes á los cuatro doctores de la Iglesia, y en la parte inferior, á un lado, está arrodillado el arzobispo Deza, fundador del colegio de Santo Tomás de Sevilla y al otro lado el emperador Carlos V seguido de una porcion de eclesiásticos. El colorido, las cabezas, los ropajes y el fondo, todo es magnifico en este cuadro que hizo famoso á Zurbaran y fué la base de su reputacion como pintor de iglesias y conventos.

Velazquez habia pedido á Felipe IV que llamase á Zurbaran á la corte, y el rey, que ya conocia el estilo y el mérito del pintor le recibió con la proteccion que dispensaba siempre al que cultivaba su pasion favorita. «Pintor del rey y rey de los pintores» le llamaba Felipe IV, pero no debieron ser muchas ni las mas importantes las obras que ejecutó en Madrid. Palomino, Cean Bermudez y el autor inglés Stirling no hablan mas que de la coleccion de cuadros que se hallan actualmente en el Real Museo representando los trabajos de Hércules, que segun parece, estaban destinados para uno de los salones del palacio del Buen Retiro. Esta coleccion fué acaso la única que pintó Zurbaran sobre asuntos de la mitología; todas sus obras son religiosas y si se exceptuan algunos cuadros que Palomino cita sobre animales y sobre estudios de la vida comun, bien puede decirse que la sola inspiracion de Zurbara fueron los libros santos.

En el Real Museo de Madrid solo hay catorce cuadros de Zurbaran, once forman la coleccion sobre los trabajos de Hércules que hemos mencionado, los otros son «San Pedro Nolasco,» «La aparicion de San Pedro» y «El niño Jesus dormido sobre la cruz.» Este cuadro y el de la Virgen con el Niño Salvador y San Juan, que Stirling cita, como una de las mejores creaciones del pincel español (1) son los únicos asuntos en que pudo demostrar Zurbaran que su corazon sentia la ternura y comprendia la belleza de la idea que se representa en cualquier estudio sobre el «Niño Jesus» Redentor del universo y sobre las escenas de amor maternal de la celestial Virgen. El Niño Jesus del Museo no es inferior á los de Murillo, y en gracia y en la ternura de la espresion iguala á los mejores estudios de Guido.

VII.

Alonso Cano fué á la vez pintor, escultor y arquitecto, dedicóse tambien como Zurbaran á la pintura de cuadros religiosos, y aunque su talento no era inferior á Zurbaran, su aficion por la escultura le distraia muchas veces de los cuadros que habia empezado, y dejaba el lienzo por un pedazo de madera que le esculpia por distraccion y como por descanso. Algunos cuadros

se resienten de estas frecuentes interrupciones, y hubieran sido mucho mas admiradas sus obras si las hubiese ejecutado todas con el especial cuidado y asiduidad que emplea en sus cuadros preferidos. Su vida turbulenta y agitada no se prestaba tampoco al cultivo del arte que exige tanta tranquilidad de espíritu como pureza de la conciencia y de corazón. Sin embargo, Alonso Cano es un digno discípulo de la escuela de Sevilla y de la época de Felipe IV; sus contemporáneos aplaudieron sus obras, las iglesias le hacían sucesivos encargos y el rey le nombro «pintor del Rey,» y despues «profesor de pintura del príncipe Baltasar Carlos.» A sus cuadros debió su salvacion en los primeros años de su carrera cuando tuvo que escaparse de Sevilla á consecuencia de un duelo, y por la pintura pudo tambien librarse de los tormentos á que le sujetó el Santo Oficio cuando fué acusado ante aquel odioso tribunal, como autor del asesinato de su mujer. De carácter impetuoso y vivo, no lo reprimía ni ante su escelso discipulo, ni el beneficio eclesiástico que por la munificencia de Felipe IV disfrutó despues en la catedral de Granada, comunicó á su espíritu la paz y uncion evangélica propia del carácter de que habia sido revestido.

Las obras principales de pintura que ejecutó fueron la coleccion de cuadros destinados al refectorio de la Cartuja de Sevilla representando varios pasajes del Viejo Testamento y otras varias pinturas de Santos. La iglesia de Montesión y las monjas de la Concepcion poseian tambien preciosas producciones del pincel de Alonso Cano. Las iglesias de San Ginés, Santiago y Santa Maria de Madrid adquirieron cuadros que el artista pintó sucesivamente durante la primera época que residió en Madrid. El gran lienzo de San Isidro en la parroquia de Santa Maria le valió el favor del rey que no pudo menos de reconocer en aquel cuadro una muestra del talento distinguido de este artista y contento Felipe IV del nuevo pintor que habia fijado su residencia en Madrid quiso que fuese tambien pintor de los reyes, y en el real alcázar halló la misma proteccion que los demas artistas que merecian la especial estimacion del rey. La terrible persecucion que sufrió con motivo del asesinato de su esposa que se atribuyó á Alonso Cano, su prolongada prision y su ruidoso proceso no le hicieron perder la estimacion de Felipe V, que le consideraba inocente, y no por esto perdió su título de pintor de la real casa, ni fué separado despues de la educacion artistica del príncipe de Asturias que le habia sido confiada. Mientras obtuvo el canonicato de Granada, dedicábase á embellecer aquella catedral que adquiria cada dia nuevas y mas brillantes producciones del artista, á pesar de las bajas intrigas con que trataron de rechazarle mas de una vez sus compañeros que sufrían con amargura que un pintor ocupase una silla en el coro al lado de los sábios eclesiásticos del capítulo de aquella iglesia. Sus viajes á Málaga y á Salamanca le dieron ocasion de pintar cuadros para aquellas iglesias; en Madrid dejó tambien nuevas producciones, la catedral de Valencia posee aun el «Nacimiento del Señor» y «Jesucristo en la columna» que habia pintado para el convento de Portaceli, mientras en la iglesia de Getafe figuran aun seis cuadros bellísimos sobre la vida de Santa Maria Magdalena.

En el Real Museo se conservan solo ocho lienzos de Alonso Cano, entre ellos sin duda es digno de admiracion, «el de la Virgen sentada con el niño Jesus en su regazo (2). La figura de las Virgen es magnífica, y el paisaje del fondo del cuadro forma una bella armonía con el conjunto de la composicion. No es sin embargo esta Virgen superior en mérito al cuadro de «Nuestra Señora de Belén, la mas bella de las pinturas de Alonso Cano, sin duda la que dejó mas completa y acaba-

da (1). Esaquella figura la Virgen del cielo, la mujer Divina que Dios eligió para madre del Salvador, con una espresion llena de celestial dulzura que encanta y parece ser el verdadero retrato de la mujer de que nos hablan los libros santos y las profecias de los Evangelistas.

Habia Alonso Cano cultivado tambien con fortuna los retratos, y aunque son pocos los que han quedado demuestran que en este género no era inferior á la pintura de santos y de asuntos religiosos. El poeta Calderon, el historiador de Méjico, D. Antonio de Solís, fueron retratados por Alonso Cano, y en el Real Museo de Madrid se conservan los retratos de los reyes Católicos que debió probablemente copiar de algunos cuadros antiguos extraviados ó perdidos en la actualidad. Deben haberse extraviado muchas de las obras de Alonso Cano, al menos no encontramos en los autores que nos han servido de guia para estos estudios una relacion de los sitios en que deberian conservarse muchas de las producciones que dejó en algunos conventos, y de que habla principalmente Palomino. La coleccion de dibujos que este poseia, pudieron ser tambien bosquejos de obras acabadas, aunque creia el mismo Palomino que eran parte de estos dibujos que hacia á todas horas y en cualquier parte, y que daba como limosna á los pobres.

Antonio del Castillo y D. Pedro de Moya, se distinguieron tambien entre los artistas de Sevilla. Castillo, aunque dedicado especialmente como todos los artistas de aquella escuela á la pintura de asuntos religiosos, estudió mucho la naturaleza, y su facilidad en copiarla, le inclinaban á los estudios de escenas del campo que ejecutaba con especial habilidad. Moya tan estudiado por Murillo, antes que el jóven artista hiciera su viaje á Madrid, fué el pintor español que imitó con mas fortuna á los pintores de la escuela flamenca. El largo tiempo que permaneció en Flandes en el ejército del cardenal Infante, lo dedicó especialmente al estudio de la pintura, copiando infinitos cuadros de aquellas iglesias, y de los estudios de Sneyders y Jordaens en Amberes. Antes de regresar á España, quiso conocer personalmente á Vandyck, por el cual sentia una especial admiracion. Llegó á Londres y recibió algunas lecciones en el estudio del gran artista inglés; pero la gloria de Wandycck empezaba entonces á eclipsarse, habia pasado á aquella época en que festejaba á los grandes señores de la corte y enamoraba á las damas de la aristocracia. La tristeza se habia apoderado de su espíritu, el obispo Juxon le apartaba su proteccion y Nicolás Poussini le habia vencido ya en el Louvre. No se hallaba ya en sus estudios las frescas y bellas flores de su juventud, la gloria, la fortuna, todo habia pasado para Wandycck. Moya regresó despues á España, y las pocas obras que ejecutó fueron asuntos religiosos que adquirieron algunos conventos y la catedral.

Sebastian Gomez, criado de Murillo, fué un buen pintor y era la gloria del gran artista, que se consideraba dichoso al ver la primera obra de Gomez, de haber creado no solo pinturas sino un pintor. (2) Juan de Zamora, Enrique de las Marinas y Pedro Medina de Valbuena fueron todos contemporáneos de Murillo, educados en los mismos estudios, hijos de las mismas escuelas. Francisco de Herrera, llamado el Mozo, fué el que mas obras ejecutó para las iglesias, y acaso su fama hubiere sido mayor en Sevilla si los celos que le inspiraba Murillo no le hubiesen hecho abandonar muy pronto aquella capital. En Madrid fué querido y estimado, sus frescos en el coro de la iglesia de San Fe-

(1) Galeria del duque de Sutherland en Safford-House.

(2) Catálogo, núm. 307.

(1) Se halla actualmente en la catedral de Sevilla. Los Sres. D. Joaquin Maldonado y Macanar y D. Enrique Vallés han adquirido un grabado precioso de este cuadro que debe acompañar á la traduccion de los «Anales de los artistas españoles.

(2) Sevilla pintoresca, pág. 381.

lipo el Real, hicieron mas pública su reputacion, y los frescos de la iglesia de Atocha le valieron la proteccion del rey y el nombramiento de pintor de su casa. Fué el último artista de la época de Felipe IV y pudo conservar su puesto y el de teniente aposentador en la corte de Carlos II, siendo, por decirlo así, el artista que trasmitió al desgraciado sucesor de Felipe IV los recuerdos de la época gloriosa que habian alcanzado las artes con la especial proteccion de su padre. Sin embargo, no fué tan querido entre los cortesanos de Carlos II como lo habia sido por los de Felipe IV, y su carácter agresivo y satirico, sus celos y hasta la presuncion que tan mal sentaba en aquella corte, le ocasionaron serios disgustos y hasta se atribuyó su muerte á un desaire recibido en palacio. No tenia el talento de su padre, y aunque demostró un buen estilo de colorido, no era su dibujo esmerado y carecian siempre sus obras de la vida y animacion que tanto distinguia á la escuela de Sevilla. No intentó nunca elevarse á elevadas concepciones, con mas gusto se dedicaba á estudios sencillos y fáciles que ejecutaba con especial habilidad. «Il Spagnolo degli pecci» le llamaban en Roma por la facilidad con que copiaba los bodegones y los objetos que esparcidos por aquellas mesas parecian haber sido trasportados al mismo lienzo.

Ignacio de Iriarte fué entre los artistas de la escuela de Sevilla el que mas cultivó el paisaje. No habia sido muy comun entre los pintores españoles la aficion á este género de pintura, ninguno habia considerado el paisaje como la única inspiracion del arte, y España, tan rica de vegetacion, su hermoso cielo, sus jardines y las áridas llanuras de unas provincias, las salvajes montañas de otras y hasta los risueños valles de Andalucía no habian tenido un pintor inspirado que buscara su gloria artistica en el estudio de estos preciosos modelos de la naturaleza. Los principales artistas de la época de Felipe IV habian dado pruebas de que su pincel hubiera sido tan afortunado en estos estudios como en los géneros de pintura que mas les habian distinguido, pero siempre fué el paisaje una idea secundaria exigida muchas veces por la idea principal del cuadro que pintaban. Esta observacion que hicimos al hablar de Murillo podría aplicarse á otros muchos artistas que en sus cuadros religiosos ó mitológicos representaban un paisaje como fondo del cuadro, una escena sobre la cual desarrollaban el principal objeto de su composicion artistica. El mismo Velazquez, tan notable en el paisaje como en los retratos y en todos los estudios que eligió, como objeto de sus cuadros, no dejó muy numerosas obras, que dedicadas exclusivamente al estudio de ese género de composicion artistica, ni demostraba por ellas una preferente inclinacion. Iriarte, sin embargo, no sacó todo el partido de su especial talento, aunque habia estudiado y formó su reputacion en Andalucía no son sus vergeles, ni los amenos campos regados por el Guadalquivir lo que representa en sus cuadros, preferia como el napolitano Salvator Rosa los bosques vírgenes y salvajes, y se deleitaba mas en pintar los altos picos y las rudas gargantas de Sierra-Morena. En el Real Museo de Madrid solo hay tres cuadros de este pintor, no suficientes á la verdad para la reputacion que como paisista ha alcanzado, si las obras de mas importancia no se conservasen aun en Museos extranjeros y no fuesen justamente apreciados por todos.

Después de Murillo, débiles fueron los esfuerzos que hicieron sus sucesores para sostener la gloria que la escuela de Sevilla habia adquirido en el periodo que hemos examinado. Lo mismo que las demas escuelas de España, habia terminado ya su época, y la gloria del arte español debia perderse al mismo tiempo que se perdía la gloria de la nacion. La escuela de Sevilla, sin embargo, ha podido conservar los recuerdos de aquella época en que nadie le haya disputado su mérito. La posteridad la admira con razon. No ha tenido, es ver-

dad, artistas que repitieran las bellezas de aquellos dias de tan señaladas glorias; pero los artistas sucesores no se apartaron de sus principios y buscaban un nombre distinguido en la imitacion de sus modelos. Entre tanto uno de los artistas, no de poco mérito, le prestaba un servicio de inestimable valor. Palomino de Castro, que pudo recoger y halló aun recientes todos los elementos de aquella notable época, y fijó, segun su acertada critica, el carácter artistico de las producciones de la escuela andaluza, al mismo tiempo que por medio de sus biografías escribia una verdadera historia, que despues ha sido la guía de todos los que han querido estudiar profundamente el arte español.

E. V.

LITERATURA ARABIGO-HISPANA.

Descripcion del remo de Granada bajo la dominacion de los Nasritas, sacada de los autores árabes, y seguida del texto inédito de Mohammed-Ebu-Aljatib, por D. Francisco Javier Simonet. Un vol. imp. Nacional 1860 á 1861 (1).

I.

«Hase agitado con frecuencia en la historia de los pueblos, dice Alejandro de Humboldt, la cuestion de saber qué habria resultado si Cartago hubiese triunfado de Roma y sometido á la Europa occidental y tambien puede preguntarse, añade otro filósofo alemán, cuál seria hoy el estado de nuestra civilizacion, si los árabes hubiesen conservado el monopolio de la ciencia que tuvieron largo tiempo en sus manos, y la posesion del Occidente.» Estas preguntas las resuelve Humboldt diciendo: que nada hubiera ganado la civilizacion ni en uno ni en otro caso; porque á la vez que los árabes casi no se aplicaron mas que á los resultados científicos de la erudicion griega, es decir, á los descubrimientos interesantes para las ciencias naturales y físicas, á la astronomía y á las matemáticas, conservaron la pureza de su idioma nacional, la agudeza de sus pensamientos metafóricos, y supieron dar á la expresion de sus sentimientos, y á la forma de sus sentencias, la gracia y los colores de la poesía. A juzgar por lo que eran en tiempo de los Abasidas, por mas que hubiesen trabajado sobre la antigüedad, con la que desde luego les encontramos en comercio, parece que no hubieran llegado á producir jamás esas obras literarias y artísticas de una poesía tan elevada y de un arte tan consumado, como las que se gloria de haber producido en su desarrollo nuestra civilizacion europea, justamente envanecida de la perfecta armonía que ha sabido establecer entre tan varios y diversos elementos.»

Aunque estamos de acuerdo con la opinion que dejamos expresada; aunque bien comprendemos que nada puede enseñarnos la filosofía del pueblo de Mahoma, sin embargo, su larga dominacion en nuestra patria nos obliga á estudiar sus libros, máxime los que pertenecen á la época floreciente de su cultura en España. Por eso hemos leído con verdadera avidez, el interesante que de publicar acaba D. Francisco Javier Simonet; le creemos de suma importancia para la historia nacional, y pensamos que su aparicion es un suceso raro en España, donde tales estudios se hallan poco menos que abandonados, á pesar del reconocido interés que inspirarnos deben, por la necesidad en que estamos de conocer á fondo la historia de la larga época que media desde la rota de Guadalete hasta el dichoso dia en que el último de los reyes granadinos

(1) Véndese al precio de 30 rs. vn. cada ejemplar en las librerías de Durán, Moro, Bailly Bailliere y Poupart, y en la Administración, calle de la Cruz, número 14, entresuelo derecha.

contempló desde el cerro del Padul las torres de aquella ciudad poética que

«El Darro con sus aguas fertiliza.»

Es, en verdad, muy lastimoso que los sucesos de esa época sean oscuros, y muchos hasta desconocidos para nosotros, cuando hay tan íntimo enlace entre nuestra historia y la de los árabes por espacio de siglos, siendo así que conservamos tantos monumentos de la civilización musulmana, y cuando parece que la providencia nos reserva grandes destinos en el África, antiguo asiento de la raza y cultura del pueblo contra quien acabamos de combatir. Esa lamentable incuria, ese olvido de lo pasado que nos pertenece; esa negligencia acerca de lo porvenir que nos interesa; tan reprehensible falta de prevision, que nos hace desatender lo que puede contribuir para nuestro futuro engrandecimiento, son mas extraños, é influyen mas en nuestro desdoro en la época actual; época en que el gran movimiento literario de otras naciones alcanza á todo linaje de conocimientos, á todos los ramos de la literatura, así los de verdadera utilidad como los de mero placer y recreo. Así es como los extranjeros se ocupan mas en el estudio de nuestra historia que nosotros mismos; casi puede asegurarse que en sus publicaciones hay que buscar los documentos para ilustrarla y tejerla. Al menos, en la parte árabe, de la cual nos ocupamos, hemos visto en algunos trabajos, últimamente publicados por orientalistas españoles, que á cada paso tienen que acudir á textos y materiales impresos en Portugal, Francia, Holanda y Alemania, por los Moura, Dozy, Reinaud, Jaubert, Defremery y algunos otros. Así es que hacemos notar mas nuestra decadencia política á los ojos de los extraños con el atraso y abandono en que dejamos yacer nuestras letras y artes; y por ello no debemos culpar á la generalidad de los particulares, que, con mas ingenio que buen resultado, se dedican á su cultivo; sino á los gobiernos, que atentos solo á sostenerse y á salir del día, viviendo esa vida de interinidad que ya nadie extraña, no dan estímulo y fomento con su apoyo á ciertos ramos importantes de los humanos conocimientos; ramos que no hallan recompensa en el público, porque el gusto literario no está formado aún, antes le creemos estragado con el barato y grosero manjar intelectual de tanta malhadada traduccion ó de tantas obras originales infelizmente imitadas de los extranjeros.

En el progreso á que la humana especie aspira actualmente, bien que errando con frecuencia los medios de alcanzarle, entra por mucha parte el estudio de la historia, cuyas lecciones se consideran, y con razon, utilísimas para el tiempo presente y para el futuro, enseñándonos qué instituciones han quedado desacreditadas en el trascurso de los años, y cuáles deben conservarse, porque estando esencialmente acomodadas á la naturaleza del hombre, tienen en sí mismas un elemento de vida indestructible. Nadie desconoce entre nosotros la utilidad de estudiar la historia patria en sus diversas épocas y bajo sus distintos aspectos, investigando el espíritu que ha dominado en ellas, el carácter que, mas ó menos modificado, ha presentado nuestra raza y nacion en cada período, explicando lo que hay de cierto y exacto en los hechos, y de transitorio ó permanente en las ideas, tendencias é instituciones. Sin desconocer la importancia de los estudios hechos sobre nuestra historia en los tiempos pasados, reconociendo que la General escrita por Mariana es un admirable monumento que debemos contemplar con veneracion, no podemos contentarnos con lo que hay escrito, ni dejar de conocer su insuficiencia para lo que exige la sociedad actual. Extraordinaria fué para su época la historia de Mariana; dignos son de grande elogio los Anales de Aragón por Zurita; pero despues han pasado mas de dos

siglos, y nada se ha escrito que pueda sostener comparacion con la obra del sabio jesuita; y si han aparecido los importantes trabajos de Ferreras, Masdeu, Florez, Risco y otros, estos escritores lo que principalmente han hecho; ha sido allegar materiales para contribuir al levantamiento del edificio que ha de alzarse en honra de la gloria nacional. Venturoso el español que logre la dicha de levantar ese monumento, porque él se llevará el lauro inmarcesible. No en vano ha dicho un publicista de nuestros días: «que conocer la importancia de un objeto y sacrificarle los goces, los honores, la existencia, es el privilegio de las almas grandes. Hiram proporcionó los cedros: David el bronce y el oro, pero Salomon tuvo la idea y la perseverancia, y por esto el templo llevó su nombre.»

Aun sintener en cuenta el espíritu filosófico que hoy se emplea en la manera de escribir la historia, todavía, bajo el solo concepto de los hechos, podemos asegurar que no tenemos una completa de España. Hay en nuestros anales un período, nada menos que de ocho centurias, que es el de la dominacion árabe, y en él se nota un gran vacío, no solo en lo tocante á los países que dominaban los musulmanes, sino hasta en la parte concerniente á los mismos cristianos; cuyas relaciones, ya hostiles, ya pacíficas con los moros, eran harto inmediatas para que las historias de uno y de otro pueblo no tengan mucho de comun y mútuo, de suerte, que la una no pueda conocerse bien sin conocer la otra. El hallarse tan considerable vacío en la nuestra, consiste en la falta de documentos para llenarle, porque siendo insuficientes los suministrados por nuestros autores en un tiempo y en un país en donde se manejaba mejor la espada que la pluma, era forzoso acudir á los escritores árabes, y estos no han sido estudiados, hasta ahora, sino de un modo superficial. La importancia de los documentos árabigos consiste en su mayor número, en la prolijidad de sus relatos, en la ilustracion de sus autores, que florecian en una época para ellos de grande civilizacion; en la imparcialidad de que solia, usar, y por último, en que suplen el silencio ó las omisiones de los rudos cronistas cristianos. Sabido es que hasta el arzobispo D. Rodrigo Jimenez de Rada, que floreció en el reinado de Alonso el Noble, no tenemos una historia de España que por ningun concepto merezca este nombre.

Bajo los reinados de Fernando VI y Carlos III se empezó á sentir la necesidad de consultar los documentos árabes. Aprovechando la mira ilustrada y previsora del gran Felipe II y de su sucesor, que habian atesorado en la biblioteca del Escorial millares de libros de aquellas gentes, Fernando VI y Carlos III dispusieron que tan estimables monumentos de la antigua cultura de los moros españoles se estudiaran con detenimiento; al efecto, hicieron venir del Oriente á unos siros maronitas en cuyas manos se alzaron, llenos de vida, del polvo de los estantes, aquellos preciosos códices. Son los maronitas, como todo el mundo sabe, cristianos católicos; hablan el árabe como lengua natural, y así, eran muy propios para venir á España á cumplir con el encargo de los reyes. El resultado de sus tareas, protegidos como fueron por tan discretos monarcas, fué la publicacion de no pocos datos importantes para la historia política y literaria de España bajo la dominacion árabe, debiéndose contar por el fruto mas colmado de sus laboriosos afanes, la publicacion de la *Biblioteca arábico-hispana Escorialensis*, escrita por el sacerdote maronita don Miguel Casiri, y castigada en el lenguaje latino por el célebre humanista D. Tomás de Iriarte. Contiene dicha biblioteca en sus dos gruesos tomos en folio, ademas de la descripcion de los códices del Escorial, el texto y traduccion de importantes fragmentos de aquellos autores sobre la historia española.

Pero el trabajo de Casiri no fué ni podia ser completo;

notánse en él errores debidos á la precipitacion forzosa y con que se hizo; al inmenso cúmulo de hechos nuevos desconocidos que se halló en los documentos árabes, y cuyo exámen crítico era muy difícil para hecho desde luego; á la falta de los elementos necesarios para llevarle á debida perfeccion, porque quien rotura una tierra no es extraño que no llegue á sacar de ella tan cumplidas cosechas como el que trabaja sobre la ya labrada y puesta en cultivo por otro. Aun así y todo Casiri abrió y allanó camino en el terreno difícil y no practicado hasta entonces de la historia árabe de España, el cual estaba inculto y olvidado desde los remotos tiempos del arzobispo de Toledo D. Rodrigo Jimenez de Rada, autor de una breve *Historia Arabum*, y de desde la *Crónica General* atribuida á D. Alfonso el sabio y compilada en alguna parte con documentos arábigos. Reveláronse por aquella *Biblioteca* sucesos no conocidos hasta entonces en la época musulmana; se tuvo noticia de sus diferentes estados y dinastías, ciencias y artes, usos y costumbres, vicisitudes y revoluciones, todo con mucha mas claridad y exactitud que antes; en fin, se iluminó con nueva luz aquel periodo de nuestros anales en densa oscuridad envuelto. Desde entonces empezó á apreciarse en lo justo la civilizacion de aquellas gentes, á quien alguno de nuestros eminentes historiadores habia motejado de bárbaras y groseras en su cultura, y se reconoció su gran progreso intelectual en la multitud de sus escritos sobre casi todos los ramos de las letras y las artes; ramos en que compitieron con los pueblos mas ilustrados de la antigüedad como que se asimilaron la civilizacion helénica. Verdad es que vista hoy esa civilizacion á la luz del cristianismo, es inferior, subjetivamente considerada, á la nuestra, puesto que la doctrina de la Cruz prescinde de lo objetivo cuando no necesita de la objetividad para elevar el alma al conocimiento del que sembró de estrellas la inmensa bóveda de los cielos.

Siguieron al trabajo de Casiri otros de semejante índole, que no hace á nuestro propósito enumerar, todo bajo los auspicios de monarcas como Carlos III, y de ministros que no dependian de voluntades caprichosas, aunque entonces se hablara menos que ahora de progreso y patrocinio á las letras. Al tender la vista hacia lo pasado y fijarla en épocas de las cuales hay quien dice que España debe sonrojarse, nos sucede que el rubor asoma á nuestra frente, conociendo que para ser grandes hoy, pudiéramos recoger las miserias españolas de algunos siglos que tan mal se juzgan en el día.

Con el trabajo de los maronitas, y de muchos orientistas españoles que se formaron en su escuela como los Bacas Merinos y Banqueris, nuestros estudios históricos entraron en nueva época, y Masden, al escribir su dilatada obra, rehizo, con ayuda de los fragmentos publicados por Casiri, la parte que comprende los siglos medios. Alcanzó á Casiri el académico D. José Antonio Conde, escritor dotado de inteligencia y erudicion, quien, aprovechándose de los trabajos del maronita, y de sus estudios é investigaciones, emprendió, con no poco ánimo, la difícil tarea de estudiar histórica y geográficamente la España sarracena en todo el imperio de su duracion; pero no adornado quizás de los conocimientos necesarios en esta lengua, falto de elementos, sin haber podido disfrutar copias de textos árabes que nuestro gobierno hizo sacar en París, como él mismo lo advierte, y habiendo vivido en la borrascosa época que atravesó España desde fines del siglo pasado hasta los primeros veinte años del actual, no pudo dar á sus tareas aquel sello de perfeccion que teniamos derecho á esperar del saber de Conde y de la resolucion que tuvo al acometer la empresa. Su obra mas importante fué *La historia de la dominacion de los árabes en España*, que se publicó en esta corte en los años de 1820 y 1821, y cuyo tercero y

último tomo fué póstumo: así, puede decirse que esta obra no alcanzó ese pulimento y correccion que, así en el estilo como en los hechos, suelen dar los escritores á sus libros en el mismo momento de enviarlos á la prensa. Una historia, anunciada con tan pomposo título, prometia demasiado, y mas cuando aseguraba el autor que la habia sacado enteramente de los historiadores arábigos. Esa seguridad ha hecho caer en error á muchos escritores, así nacionales como extranjeros, de los que despues han trabajado sobre la historia de España en aquella época, dando á Conde con excesiva credulidad, mas fé é importancia de la que en realidad merece. Lástima es que entre los alucinados por Conde se encuentre D. Modesto de Lafuente, que en su *Historia general de España* ha tomado de buena fé por relato de autores árabes los debidos quizás á la pluma de Conde. El reparo mayor que ocurre al leer á este escritor es cierta ligereza y falta de critica con que procedió en su libro, supliendo á veces con la conjetura lo que él no comprendió por falta de documentos ó por poca diligencia en su estudio y apreciacion, desfigurando, en una palabra, la verdad de los hechos. La obra de Conde es solo útil para formar idea general del asunto de que trata; para adquirirla por mayor de los cambios, revoluciones y decadencia que fué experimentando el imperio árabe en España, de sus principales estados y dinastías, y de los sucesos de sus guerras con los cristianos. Este libro, que por sus giros orientales nos gusta, presenta un conjunto nuevo y excelente contemplado á cierta distancia, pero en cuanto se examina, porque haya necesidad de estudiarle en comparacion con otros documentos para deducir hechos ciertos, se desvanece la ilusion, y sus pormenores aparecen deformes ó falsos; de modo, que en vez de ilustrar y enseñar; estravia lastimosamente. Romey y Saint-Hilaire en el extranjero, y entre nosotros D. Miguel Lafuente Alcántara y D. Modesto de Lafuente, han sido víctimas de su confianza en el libro de Conde.

No es decir, por esto, que no haya que alabar en el trabajo de este escritor mayormente si se tienen en cuenta los obstáculos que le impidieron el perfeccionarle, á pesar de sus nobles deseos. A él se debe el haber facilitado ese camino para los que han de recorrerle en lo sucesivo, y á él se debe, entre otros servicios importantes, el haber descubierto y comprobado por los autores árabes la existencia y las proezas del Cid Campeador, personaje estimado por fabuloso, juzgado casi un mito, por el excepticismo de los historiadores de fines del pasado siglo, quienes estraviados por el falaz criterio de la duda, ó envidiosos de la gloria de nuestra patria, relegaron al terreno de la incertidumbre y la controversia todo aquello en donde hallaron algo de extraordinario y maravilloso.

Conociéndose ya con toda certeza por los historiadores árabes que tradujo Conde, la famosa conquista de Valencia debida á Rodrigo el Campeador, la sumision de los reyes y señores musulimes de la parte oriental de la península, y otros hechos, casi increíbles, de aquel héroe, nadie los pone ya en duda; la animadversion y negros colores con que pintan los árabes al gran enemigo de su religion solo sirven para realzar la gloria del héroe que abatiendo á la morisma en el Oriente de España, permitió al rey de Castilla D. Alfonso VI conquistar la poderosa Ciudad de Toledo, y asegurar la restauracion por aquella parte, cabalmente en la calamitosa época en que invadió la Península el torrente desolador de los almorávides.

Traducida la historia de Conde á varios idiomas, cayó despues en descrédito, así que se dedicaron algunos orientistas á dar á la estampa, aunque con menos pretensiones, otras obras importantes en este género de estudio. Fray José de Santo Antonio Moura publicó, en lengua portuguesa, una traduccion, calificada de excelente por criticos respetables, del libro árabe llama-

do el *Carthas ó Quirthas*, que trata de España y Africa en la época de los almoravides y almohades, hasta los primeros benimerines, obra cuyo texto original, acompañado de una traducción latina, ha salido á luz hace algunos años en Berlin por los cuidados de M. Tornberg. Este libro, el de Conde, y algun otro documento de menos importancia, fueron los materiales de que se valió para ilustrar esta época el francés M. Charles Romey al escribir su importante *Histoire d'Espagne depuis les premiers temps jusqu'à nous jours*, que publicó en Paris en 1841. El buen juicio de Romey le hizo rectificar algunos de los errores cometidos por Conde; pero faltó de mejores documentos con quienes confrontar el relato de este escritor, aceptó muchos y le copió en gran parte con suma docilidad. Al mismo tiempo, con corta diferencia, nuestro ilustrado orientalista, D. Pascual de Gayangos, actualmente catedrático de árabe de la Universidad central, hizo y dió á luz otra traducción de una obra, aunque confusa y revuelta, importantísima para la historia política y literaria de España, escrita por Ahmed Almacari de Tremecen, titulada, en el estilo enfático de estas gentes, *Libro del aroma fragante del ramo reciente del Andalus, y memoria de un wacir Lisaneddin Ebn Aljathib*. Dicho sea con sentimiento, sino con sonrojo, no hallando medios en España para ello, tuvo el Sr. Gayangos que publicar su libro en Londres, ¡y en idioma inglés! á espensas de la sociedad Asiática, establecida en aquella corte, donde pudo lograr una obra, de interés esclusivo para España, la acogida que aquí no hubiera hallado (1).

Fué ya un paso notable dado en este género de literatura, porque el libro de Almacari es una de las compilaciones mas copiosas que se conocen de noticias tocantes á la época árabe, por haberle enriquecido el señor Gayangos con importantes documentos, apéndices y tablas, y por ser, justamente, aquel mismo autor, el que habia procurado Conde que se copiase en Paris, pero que no llegó á poseer. El progreso que desde esta época empieza á botarse en tales estudios se debe á los extranjeros. En Francia M. Jaubert ha traducido el texto completo de la *Geografía del Edrisi ó Idrisi*; Reinaud y d'Slan han publicado el texto y la traducción de la *Geografía de Abulfeda*, principe de Hama; el mismo d'Slan ha dado á luz el libro de *Los varones ilustres del islamismo* por Ebn Batuta de Tanger, obras todas que ilustran en muchos puntos la geografía é historia de la España árabe. Pero quien mas ha trabajado en esto y con mas resultado, ha sido M. Reinhart Dozy, profesor de la universidad de Leiden, que ha publicado la *Historia de los Almohades* por Abdeluahed el Marroquí, la historia de España y Africa titulada *Bayan Almagrel*, por Ebn Adzari, varios pasajes de autores árabes sobre la historia de los *Abbaditas*, reyes de Sevilla, el comentario al poema de *Ebn Abdun* de Eborá; los *Varones ilustres de España* por Ebn Alabbar de Valencia, y, en fin, unas importantes *Recherches sur l'histoire et la littérature de l'Espagne pendant le moyen age*, de que ha hecho dos ediciones, y en donde trata, con notable criterio y con sagaz investigación, muchos importantes puntos de aquel periodo.

En España, entre tanto, reducida la enseñanza de la lengua árabe á solas tres universidades, y sin ningun estímulo ni protección de parte del gobierno ni del público, han quedado sumidos tales estudios en el mayor abandono, sin mas escepcion que los esfuerzos laudables, pero insuficientes, de algunos particulares. Además de ciertos trabajos del Sr. Gayangos, que hemos visto en diversos cuadernos del *Memorial Histórico*, han salido unos cuantos libros, especiales, de este género

de literatura. En 1857, D. Manuel Malo de Molina publicó un estudio sobre Rodrigo el Campeador, fundado en el muy concienzudo que habia hecho M. Dozy sobre el mismo personaje en el primer tomo de sus mencionadas *Recherches*, y añadido con algunos datos curiosos. En el año pasado, D. Emilio Lafuente Alcántara dió á luz su importante colección de las *Inscripciones árabes de Granada*, precedidas de una *Reseña general histórica* y de la *Genealogía detallada de los reyes Alahmares*. Desde 1858 hasta el presente, han aparecido dos libros muy notables, y consagrados en mayor escala á la historia de España en el periodo árabe, debidos á la elegante pluma de nuestro ilustrado y laboriosísimo amigo D. Francisco Javier Simonet, distinguido orientalista, que, muchos años hace, dedica sus vigilias á ilustrar la historia patria con gran copia de estudios y trabajos sobre los documentos musulmicos que cada dia ven la luz en los periódicos, realzando la importancia de esta clase de literatura. Titúlase el primero de los libros del Sr. Simonet *Leyendas históricas árabes*, y el segundo *Descripción del reino de Granada bajo la dominación de los Naseritas*. De ellos hablaremos en el siguiente artículo, bastándonos haber espuesto en este, con brevedad, las vicitudes que las letras árabes han probado en nuestra patria.

JUAN MIGUEL DE LOSADA.

EL BALSAMO DE LAS PENAS,

NOVELA ORIGINAL,

por Doña Angela Grassi.

Virginia corrió á abrir, y soltó un grito de angustia y de terror.

La que llamaba era una mujer de cuarenta años, alta, gruesa, y que demostraba en su atavío las mas altas pretensiones con respecto á su figura. Llevaba un sombrero azul con flores encarnadas, un rico vestido de seda verde y un pañuelo amarillo de la India lleno de pajarracos de vivísimos colores.

Completaban su traje numerosas pulseras, alfiler de brillantes y una cadena de oro. Pero dice una fábula del gracioso Iriarte, que aunque se vista de seda, la mona mona se queda, y en efecto, su aire, sus ademanes, y hasta su rostro rubicundo y sus facciones pronunciadas, formaban un grotesco contraste con la estudiada elegancia de su atavío. Yo no sé que tinta tan particular trasmite á la fisonomía la falta de educación, que los individuos que carecen de ella jamás podrán confundirse con los que la han recibido. Y no hablo de esa educación que se aprende en los colegios, sino de la que el niño aprende en el regazo de su madre, bebe, por decirlo así, en cuantos objetos rodean su cuna.

La recién llegada carecía al mismo tiempo de ámbas, y unía á esto un carácter vanidoso y un corazón desnaturalizado. Se llamaba Doña Cándida Mariñan, y tambien en ella el nombre era un contrasentido, casi un sarcasmo.

Doña Cándida, por su mal, era soltera; y por lo tanto, en sus venas, en vez de sangre, corría ponzoñosa hiel. Era una de las ocho hijas de un honrado labrador de la Mancha, el cual, agobiado con su numerosa familia, la habia enviado á Madrid á casa de un hermano suyo. Este tenia una tienda bien surtida de ultramarinos, y vivia sometido á su mujer, de la cual no habia tenido hijos.

(1) Recientemente ha hecho lo mismo que el Sr. Gayangos el Sr. Vazquez Queipo, publicando en Paris, y en francés, su importantísima obra sobre sistema métrico decimal. ¡Y dicen luego que en España se lee!

Su mujer era avara, de genio sumamente desapacible, y su primera providencia fué convertir á la sobrina en criada, y hacerla participar de las manifestaciones de su cólera, que antes sobrellevaba solo el buen marido.

Cándida había sufrido sus desprecios y su mal trato durante muchos años, y esto había agriado su carácter, naturalmente áspero.

Su historia, y el decir que no conocía la buena moral, ni la religion, bastó para hacer el retrato de su alma.

Hoy, que tanto se clama sobre la ilustracion que debe procurarse á todas las clases de la sociedad, se olvida, sin embargo, el instruirlas, ante todo, en los principios del bien y en las creencias religiosas.

¿Han ganado los pueblos con esto? Tal vez no, aunque parezca un absurdo. En cada lugarcillo hay un maestro de escuela, cuya escasa retribucion le hace ser menos escrupuloso en el cumplimiento de sus deberes. Allí van forzosamente los niños. ¿Y qué es lo que aprenden? A leer, escribir y contar. ¿Y de qué les sirve? De saber descifrar algunos libros perniciosos, cuyo sentido trastornan, y con los cuales vician sus ideas. Antes no aprendían á leer, y esto es ciertamente un mal; pero el buen cura de la aldea les enseñaba con evangélica unción que amasen á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á nosotros mismos, y el pobre, si no era instruido, era, al menos, bueno.

Interin la educacion moral no sirva de base á la institucion, serán ilusorios ó tal vez perjudiciales, todos los desvelos de los hombres pensadores.

Cándida, pues, sabía leer y escribir, y esto la había hecho creer siempre, que no había nacido para la clase, en la cual la había colocado la suerte. Esto la había hecho aborrecer y despreciar su condicion, y envidiar á las elegantes damas que pasaban por delante de su tienda, ostentando trajes de crujiente seda.

A los veinte años, no era mal parecida, y esto y su exajeracion en el modo de vestir, á pesar de los gruñidos de su tia, la habían atraído una infinidad de adoradores.

Había, además, otra razon para ello. Su tia era tenida por muy rica, á causa de su avaricia, y su fortuna debía pasar naturalmente á su sobrina.

Pero todos los partidos que se presentaban eran artesanos, ó cuando mas tenderos, y el orgullo de Cándida se rebelaba contra la idea de pasar toda su vida tras de un modesto mostrador.

Su sueño dorado era ser señora, y aun aspiraba á tener coche. Había entre sus adoradores algunos estudiantillos, pero estos no pensaban mas que en pasar alegremente el tiempo, y Cándida veía con desesperacion transcurrir los dias y morir sus esperanzas.

Estos desengaños la hicieron algo mas cauta, y cuando su tia la habló con mucho empeño de un jóven comerciante de telas, pareció acceder gustosa, y aun dió á su prometido mil seguridades de cariño.

Pero quiso su mala estrella que viese muy á menudo en casa de su novio á un elegante caballero, el cual, por su porte, parecía no mirarla con indiferencia.

En una palabra, el dia mismo fijado para su boda, Cándida abandonó secretamente la casa de su tia, y fué á instalarse en una elegante habitacion de la calle de Preciados. Había preferido á su honor, á cumplir los deberes de gratitud, á un porvenir tranquilo, el derecho de llevar trajes de seda y cubrir con un velo de encaje el estigma de infamia grabado indeleblemente en su frente. Su tia la desheredó. El caballero, para recompensarla de aquella pérdida, la hizo cesion de la casita de la calle de San Vicente, y de la que habitaba en la de Preciados.

Así que, cuando sus antiguas amigas huían de ella ó fin-

gian no conocerla, Cándida jugaba orgullosamente con su cadena de oro, y se encogía de hombros con desprecio.

Además Cándida albergaba una secreta esperanza. El caballero era viudo con una niña, y ella sabía muy bien, que cuando estas uniones clandestinas se consolidan con el tiempo, por mas descabelladas que sean acaban siempre por el matrimonio.

No obstante, habían pasado veinte años, y todos sus manejos habían sido vanos. Cándida empezaba á perder la paciencia.

Ya no era jóven, ya no era bonita, se había acostumbrado á la abundancia, y sentía que la faltaba consideracion y respeto. Pero el caballero, aunque dominado en parte por ella, era frio, egoísta é indolente. Era de aquellos que saben transigir perfectamente con su conciencia, y mediante falsos raciocinios, viven en paz consigo mismos.

Si había seducido á Cándida, si la había arrebatado su porvenir, la había dado en cambio dos cosas. ¿Qué podía, pues, echarle encima? Afortunadamente para la grosera delicadeza de Cándida, esto bastaba; pero no bastaba para su ambicion. Cándida quería ser su esposa, para tener mas comodidades, para hacerse mejor lugar entre sus conocidas, y para mandar en jefe en su casa.

Era absolutamente preciso que se casara con ella; pero como el caballero no conocía la religion, y por lo tanto no tenía confesar, no estaba nunca enfermo, y tampoco tenía médico. Despachaba casi por sí mismo sus negocios, y su secretario no tenía ninguna influencia sobre él. Era altanero é indiferente, y casi nunca hablaba con su ayuda de cámara ni con el aya de su hija.

Cándida no sabía que hacer.

Un dia se le ocurrió una idea sumamente luminosa.

El caballero, como todos los egoístas, era adherido á sus costumbres, y le incomodaban las variaciones.

Cándida pensó en darle celos, en amenazarle con casarse con otro, pero ¿dónde buscar ese otro que la hiciera verdaderamente la corte, que aburriese con su continua presencia al caballero?

Cándida había engruesado mucho, y no estaba ya en edad de hacer conquistas, fueran del género que fuesen.

Entonces fijó su atencion en Claudio. Es verdad que era muy feo, pero al fin era un jóven fino é instruido, y contaba diez años menos que ella. Conocía su miseria, y creyó no hallar obstáculo para el logro de sus deseos. Pero no se atrevió á decirle su verdadera intencion; le habló de casamiento, y por desgracia, cuando creyó verle caer á sus plantas transportado de alegría, Claudio, con grande asombro suyo, tomó el sombrero y salió del aposento.

Al principio la rabia destruyó su corazon, luego pensó que no se ganó Zamora en una hora, y tal vez su visita de aquel dia tenía mas objeto que el de reclamar los alquileres atrasados.

Entró, pues, con ademan magistoso, y se sentó sin ceremonias en una silla.

—¡Ola! ¡cercitas! dijo con grosero sarcasmo al ver las que Nicolás tenía en las manos. Presumo que ya habreis cobrado, y podreis pagarme lo que me debeis.

Lorenza balbuceó una excusa.

—¡Oiga! gritó doña Cándida con tono desabrido, cuando no se tiene dinero para pagar lo que se debe, no se compran golosinas....

—¡Dos cuartos! murmuró la abuela con tono desabrido.

—¡Dos cuartos al dia hacen dos pesetas al mes! repuso la casera; ¡enseñadme á mí á contar! ¡Cerezas, flores..... y luego no hay dinero para pagar!

—¡Señora.... estoy en mi casa! ... exclamó con dignidad Lorenza.

—¡Ah, ah! ¡Vuestra casa! ¡Pues estais equivocada! La casa es mia, y tambien me pertenece cuanto hay en ella, porque si no me pagais dentro de una hora, mando á los alguaciles para que embarguen.

Los individuos de la mencionada familia palidecieron. Nicolás se retorció las manos con desesperacion.

—¡Bah! dijo la abuela, volviendo á tomar su tono jovial; esto no pasa de ser una amenaza. ¿Cómo podríais perder á una familia honrada por unos miserables cien reales, que no valen la mas insignificante de vuestras pulseras.

Cándida, trasportada de cólera, olvidó por un momento su papel de gran señora, y volvió á creerse en la tienda de ultramarinos.

—¡Cómo! gritó, poniéndose en jarras. ¿Quién le manda á la vieja hacer esas observaciones? La casa es mia, y si se me antoja comprar chinitas con el precio de los alquileres, á nadie se le importa.

Claudio dió algunos pasos hacia ella con el rostro encendido.

—Basta, señora, dijo, espero dentro de dos horas poder pagar esa suma; sino, proceded como gustéis, estais en vuestro derecho; pero no vengais á insultar las venerables canas de mi abuela.

Cándida quiso hacer un arrumaco gracioso, é hizo una horrible contorsion.

—Yo soy buena, dijo con tono meloso, fijando sus ojillos grises en el jóven; yo soy muy buena, demasiado buena, y si venís á mi casa, como os he rogado tantas veces, tal vez nos entenderemos.

—Iré cuando tenga el dinero.

—Con dinero ó sin él...

—No, señora... dijo Claudio con entereza; si dentro de dos horas no puedo pagaros, haced lo que juzgueis mas conveniente para cubrir nuestra deuda.

Cándida se mordió los labios con despecho y se levantó fuera de sí.

—¡Dentro de dos horas, dijo; os doy de tiempo dos horas!

Claudio se inclinó sin responder.

La solterona se abalanzó á la puerta, esponiéndose á romper sus encajes con la precipitacion de su remango, y salió refunfuñando de la habitacion.

Hubo un largo intervalo de silencio.

—¡Oh, bien! ¿qué hacemos? gritó por fin Nicolás con voz vibrante.

—Tú, dormir, dijo su madre dándole un beso.

—Y yo ir á vender mi pobre Historia de Granada, aunque sea por papel, añadió Claudio suspirando.

Y se dirigió á su gabinete.

—No os aflijais abuelita, dijo Virginia á la buena Severa, que lloraba silenciosamente en un rincón.

—¡Si Dios fuese servido de llevarme! murmuró esta en voz baja, os libraría de una pesada carga.

Virginia puso un dedo en sus labios, mostrándole á Nicolás.

La pobre vieja se levantó apresuradamente, y salió del aposento.

—¿Cuánto os han dado por mi manteleta? dijo Virginia en voz baja á su madre.

—¡Diez reales! tu sacrificio es casi inútil, pues ni aun podemos pasar tranquilo el día.

—Tengamos resignacion, madre mia; dijo la jóven sonriendo con dulzura.

En aquel instante, Claudio subia del gabinete con un abultado manuscrito debajo del brazo. Al mismo tiempo se oyó un agudo grito en la cocina.

Todos se abalanzaron á la puerta.

—¡Lo he cogido! ¡lo he cogido! dijo la abuela volviendo triunfante y trayendo el pajarillo cogido por las alas.

Ya habia olvidado su pesar, y su fisonomia era tan risueña como siempre.

Entregó el pájaro á Nicolás, que se sonrió tristemente.

—Ea, dijo Claudio, que participaba del confiado carácter de su abuela, disponed la comida... á las dos volveré, y espero que volveré contento... En tanto, no os inquietéis por nada, madre mia.

Y el bondadoso jóven dió un tierno beso á cada uno de los individuos de su familia, y salió lleno de esperanza.

Al cabo de un instante, solo se oia el monótono canto de la ahuela, y el ruido de la aguja, que Virginia manejaba con un ardor febril.

Angela Grassi.

Puntos donde se suscribe.

EN PROVINCIAS. *Albacete.* D. Ramon Sebastian Perez, libreria. —*Alicante.* D. Felipe Gil, calle de la Princesa, núm. 17. —D. Pedro Ibarra, calle Mayor, libreria. —*Almeria.* D. Antonio Cordero, y D. Mariano Alvarez y Robles, libreros. —*Avila.* D. Francisco Garcés, libreria. —*Badajoz.* D. Gerónimo Orduña, librero. —*Barcelona.* —D. Antonio Nasch, Rambla de Sta. Mónica, núm. 4, entresuelo. —D. Juan Oliveres, calle de Escudillers, núm. 57. —D. José Ginesta, calle de Jaime I, núm. 5, libreria. —Sres. Sale hermanos, calle de la Union, núm. 5, papeleria. —D. Juan Maspon, calle del Conde del Asalto, núm. 59, 5. —*Bilbao.* D. Tiburcio de Artuy, libreria. —*Burgos.* Sr. Revilla, calle de la Paloma, libreria. —*Cádiz.* D. Abelardo de Carlos. —*Revista Médica.* —*Castellon de la Plana.* D. Juan Maria de Soto. —*Ciudad-Real* Don Perfecto Acosta, calle de Toledo, núm. 53. —*Córdoba.* D. Francisco Lozano, calle de la libreria, número 65, libreria. —*Coruña.* D. Miguel Fernandez. —*Cuenca.* D. Pedro Mariana, libreria. —*Cáceres.* —D. Francisco Zancado, Almacén de papel en el portal del Llano. —*Gerona.* —D. Felipe Constans. —*Granada.* D. José Ventura Sabater. —*Guadalajara.* D. Manuel Lopez Pastor, calle Mayor Alta, núm. 5. —*Huelva.* D. Nicolás Domínguez. —D. Francisco Rosado y Doria. —Don José Redondo. —*Huesca.* D. Juan Carderera, administrador del periódico titulado *El Alto Aragón*, calle del Coso. —D. Felipe Martos Febrer, Plaza de Santa Maria, núm. 2. —*Jaén.* D. José Antonio Lontero, calle de Compañía. —*Las Palmas.* Libreria de Urquiza. —*Leon.* D. Ricardo del Arco. —*Lérida.* José Sol, libreria. —*Logroño.* D. Francisco Iñiguez. —D. Domingo Ruiz, libreria. —*Lugo.* —D. Celestino Marti, Plaza del Campo, núm. 8. —*Málaga.* D. Francisco de Moya libreria. —*Murcia.* D. Antonio Molina, libreria, y Fermin Guirao, libreria. —*Orense.* D. Robustiano Perez de Santiago, calle de la Fuente del Rey, núm. 6. —*Oviedo.* D. Manuel Alvarez, librero. —*Palencia.* —Sres Gutierrez é hijos, libreria. —*Palma de Mallorca.* D. Miguel Pons y Barrutia, frente al Horno de Capuchinos, núm. 56, principal. —*Pamplona.* D. Regino Bescansa, libreria. —*Pontevedra.* —D. José Vilas, librero. —*Salamanca.* D. Clemente de Ferrater, Plaza de la Verdura, núm. 54, libreria de Oliva. —D. Diego Vazquez, calle de la Rua, libreria. —*Segovia.* D. Pedro Aguado, D. Eugenio Alejandro, D. José Martin, calle del Real, libreria. —*Santander.* —D. Clemente Maria Riesgo, libreria. —*Sevilla.* D. Enrique Adame, calle de Tetuan, ante de los Colcheros, núm. 24. —Señores hijos de Fé y compañías libreros, misma calle núm. 19. —*Soria.* D. Rafael de Vera calle del Conde de Gomara, núm. 5. —*Santa Cruz de Tenerife.* Señores Bonet, hermanos, libreria. —D. Luis Marin, calle de San Juan, número 11. —D. Juan N. Romero, calle de la Luz, libreria. —*San Sebastian.* D. Ignacio Ramon de Baroja, librero. —*Tarragona.* D. Antonio Puigrubi y Canals, libreria. —*Teruel.* —Vicente Mallen, libreria. —*Toledo.* D. Juan Antonio. —Imprenta de Cea. —*Valladolid.* Sres. hijos de Rodriguez, calle de Orates núm. 51, libreria. —*Valencia.* D. Juan de Leyva, calle del Molino de Robella, núm. 9. —Centro general de suscripciones, Caballeros, 1. —*Vitoria.* D. Juan Alvarez Vigil calle del Prado núm. 12, cuarto 3.º —D. Bernardino Robles, libreria. —*Zamora.* José de Jesus Conde, calle de San Andrés, núm. 6. —*Zaragoza.* D. Vicente Andrés, calle de la Cuchillería núm. 42, libreria.

Editor responsable, D. MANUEL MARTINEZ.

MADRID, 1861:

Imp. de la CRÓNICA DE AMBOS MUNDOS, á cargo de R. Berenguillo Magdalena, 38 principal.